

N° 107 | ISSN 0120-2537 | BARRANQUILLA, COLOMBIA | JULIO-DICIEMBRE DE 2020



HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE

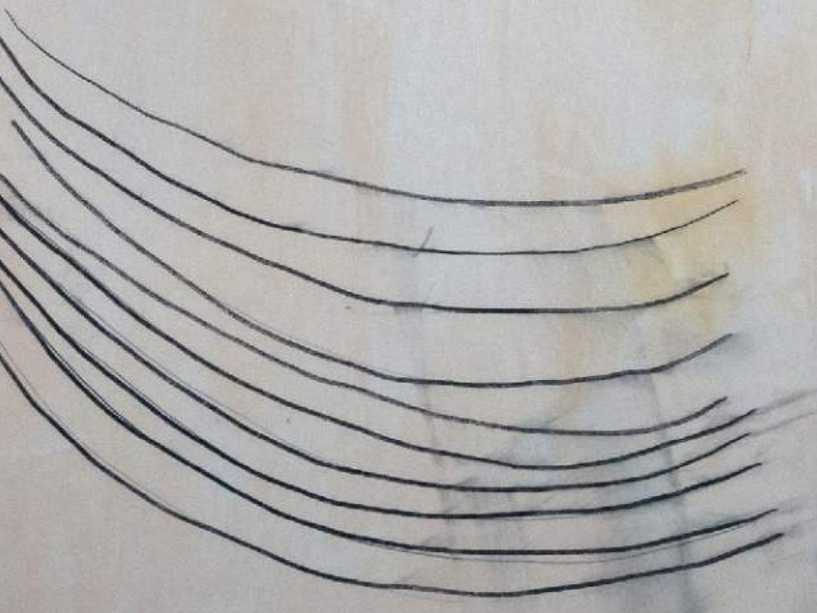




Ilustración de portada
Julián Caridi, *I hope you got my letter, please don't write back*, 2019, 152.4 x 182.88 cm, técnica mixta

HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE

ISSN 0120-2537

<http://www.uninorte.edu.co/web/huellas>

Barranquilla, Colombia

©Universidad del Norte, 2020

Director

Josef Amón Mitrani

Asistente editorial

Farides Lugo Zuleta

Comité editorial

Adolfo Meisel Roca
Adriana Maestre Díaz
Carlos Pereira
Farides Lugo Zuleta
Giselle Massard Lozano
Joachim Hahn Von Hessberg
Josef Amón Mitrani
María Margarita Mendoza
Ramón Illán Bacca
Samuel Whelpley
Sergio Álvarez Uribe
Toni Celia Maestre

Una realización de

Editorial Universidad del Norte

Diseño gráfico

Geraldín Acevedo España

Impreso y hecho en Colombia

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. (Bogotá)

Printed and made in Colombia

HUELLAS autoriza la reproducción citando la fuente.
Los conceptos son responsabilidad exclusiva de
los autores. Licencia del MinGobierno n.º 001464,
ISSN 0120-2537. Apartado aéreo 1569, Barranquilla
(Colombia). huellas@uninorte.edu.co



CONTENIDO

PRÓLOGO.....	5
JOSEF AMÓN MITRANI	
TRADUCCIÓN LITERARIA	
SELECCIÓN DE POEMAS DE FERNANDO PESSOA.....	7
TRADUCCIÓN DE NICOLÁS BARBOSA LÓPEZ	
CÓMIC	
"HOLA NENAS".....	20
CAROLINA URUETA	
MÚSICA	
DIEZ MOMENTOS EN LA VIDA DE NICK CAVE: BIOGRAFÍA IMAGINARIA DE UN ICONO.....	25
DAVID MARTÍNEZ HOUGHTON	
POESÍA	
SEIS POEMAS DE ALEXANDRA ESPINOSA.....	32
ILUSTRACIÓN Y ARTES GRÁFICAS.....	44
JULIÁN CARIDI	
ENSAYO	
PSICOANÁLISIS, NARCISISMO Y MANIPULACIÓN MEDIÁTICA EN LA ERA VIRAL.....	55
JOEL KLAHR	
NARRATIVA	
DOS CUENTOS DE RICARDO SILVA ROMERO.....	66
ARTE EN LA U	
UN CUENTO Y CUATRO POEMAS DE RLNDT.....	74
CASEDAD.....	87
OMAR BARBOZA	
MISCELÁNEOS	
ESCRITURA ABIERTA.....	88
FEDERICO GUILLERMO SERRANO LÓPEZ	
COLABORADORES.....	92

PRÓLOGO

Yo siempre he sido un defensor del arte contemporáneo; un hincha de eso, difuminado, que llaman “arte contemporáneo”. Como es evidente, hay personas a las que no les gusta lo nuevo, eso que se está haciendo “en nuestro tiempo”, y sostienen, a veces con razón, que para qué gastar energía en cosas que la historia no ha filtrado (canonizado) si sólo con Homero y con Virgilio tenemos arte para toda la vida. No creo que al arte haya que defenderlo como a un partido político, o como a un equipo de fútbol, pero sí me gustaría compartirles, un poco, por qué amo ser el director de una revista de arte contemporáneo. Es decir: por qué, así no necesite ser defendido, yo defiendo al arte contemporáneo.

Revisando los textos y las imágenes que queríamos publicar para este número de *Huellas*, esa tarea densa y difícil del editor, me llegaron bastantes archivos de Word para considerar las obras que iban a ser parte de la sección *Arte en la U*. En esta sección, como saben nuestros lectores, publicamos el más contemporáneo de los artes contemporáneos; publicamos a muchachas y a muchachos que están empezando su recorrido como poetas, como narradores, como ilustradores, etcétera. El arte que se está haciendo en los pasillos de las universidades. Siempre nos han llegado cosas interesantes, a veces muy extrañas, a veces muy convencionales, pero, a fin de cuentas, siempre interesantes. Bueno, para este número, ya el 107 de *Huellas*, nos llegaron, como siempre, cosas maravillosas, obras que dan cuenta, en tiempo real, de lo que está pasando en el alma de los artistas más jóvenes. El día en que abrí por primera vez los archivos (todos anónimos, para ser justos en la selección) no me sentía bien. Eran esos días tristes, en el otoño europeo, en que las cosas no parecen tener mucho sentido, en que no dan ganas de trabajar ni de leer ni de ver películas ni de nada.

Por esos días, justo antes de abrir los archivos, estaba muy nostálgico, pensando en lo que había sido mi vida en Barranquilla, cuando vivía en Puerto Colombia y enseñaba La divina comedia, de Dante Alighieri, en la Universidad del Norte. La Troja, el calor, el mar, el olor, los amigos, el amor, todas esas cosas típicas de las nostalgias fuertes. El primer texto que abrí, un cuento que van a leer en este número, se titulaba “Martica Alimaña”. Arranqué la lectura y supuse que iba a ser una narración “de época”, pues hablaba, en la primera línea, de una joven Clemencia Tariffa, la gran poeta cesarense que había nacido en 1959 y había muerto, ya muy enferma, en 2009. Pero no, fui avanzando en la lectura y me di cuenta del juego extraño, bellissimo, que hacía el/la autor/a. Mezclaba una vertiginosa historia de amor y de excesos y de arte junto a la poeta (una alucinación de la poeta, podríamos decirle) con una Barraquilla contemporánea. No sólo los lugares que aparecen en el cuento son los de la Barraquilla de hoy, sino que el tono y el ritmo del relato tienen que ver con un Caribe muy

distante al de la juventud de Clemencia Tariffa. El cuento retrataba el Caribe que, a fin de cuentas, yo estaba añorando por esos días. La Barranquilla de cafés y de poemas urbanos que a mí me había tocado vivir. A diferencia de la sensación que dan las grandes obras del canon (pensemos, de nuevo, en Homero y en Virgilio), que nos reivindicamos con los grandes temas de la humanidad (el tiempo, la muerte, el amor, etcétera), esta pequeña obra, escrita de forma impecable por un estudiante universitario, me estaba hablando de las cosas efímeras de mi mundo, de mi entorno inmediato. Ahí mismo, mientras leía el cuento, la nostalgia, que no había logrado aplacar en semanas, se fue convirtiendo en una felicidad rara, de torbellino, que, creo yo, sólo se logra a través del arte contemporáneo: esa pequeña alegría de saber que hay otros, por ahí rondando, que habitan nuestro mundo, nuestras calles, nuestros lugares, nuestros olores, nuestras nostalgias, nuestras pérdidas. Aprender el arte contemporáneo es, además del ejercicio de pensarnos como humanos (eso que hacemos cuando leemos a Homero), el acto de pensarnos como individuos que hacen parte de un momento específico, de un lugar en-el-mundo que sólo nos pertenece a nosotros, que sólo nosotros podemos entender desde el tiempo en que se concibió la obra a la que nos enfrentamos. Podemos disfrutar muchísimo de una tragedia de Esquilo, por supuesto, pero nunca sabremos cómo la disfrutaban los griegos del 400 antes de Cristo.

Pues bien, de eso se trata esta revista; de contarnos, a través de distintas manifestaciones culturales, cuál es el mundo en el que nos ha tocado vivir. Así que, queridas y queridos, los invito a hacer suyas estas páginas; a dejarse interpelar por estas obras de arte que nos dicen, desde infinitas perspectivas, por qué vale la pena estar vivos en nuestro tiempo. Cuando pensamos en nuestro mundo inmediato, en “nuestros contemporáneos”, tendemos, casi siempre, a creer que estamos lejos de Beethoven y de Picasso y de Faulkner, pero, si nos tomamos el tiempo de ver lo que pasa a nuestro alrededor, podemos, a veces, sentirnos felices, o tranquilos, de saber que algún día se van a apreciar estas obras, nuestras obras, con el interés de conocer qué pasaba por el alma de nuestros días. Y sólo nosotros sabremos de esa sensación de saberlo, de sentirlo, sin necesidad de intrincados argumentos filológicos o históricos. Aprovechemos, digo yo. Vivamos nuestro tiempo, sintámoslo.

Con amor y rock and roll.

Josef Amón Mitrani

Director.

Traducción literaria

Por Nicolás Barbosa

SELECCIÓN DE POEMAS DE FERNANDO PESSOA

Selección de poemas de *Mensaje*, de Fernando Pessoa. Publicados en edición bilingüe en:
Pessoa, Fernando. *Mensaje*. Nicolás Barbosa López (Trad.). Medellín: Tragaluz Editores, 2018.

D. SEBASTIÃO, REI DE PORTUGAL

Louco, sim, louco, porque quiz grandeza
Qual a Sorte a não dá.
Não coube em mim minha certeza;
Porisso onde o areal está
Ficou meu ser que houve, não o que ha.

Minha loucura, outros que me a tomem
Com o que nella ia.
Sem a loucura que é o homem
Mais que a besta sadia,
Cadavar addiado que procria?

20-2-1933.

DON SEBASTIÁN, REY DE PORTUGAL

Loco, sí, porque quise una grandeza
que la Suerte no da.
En mí no cupo mi certeza;
y atrapado en el arenal
quedó mi ser que fue, no el que ahora está.

Mi locura, que otros me la quiten
con lo que en ella había.
¿Será que el hombre se restringe
sin ella a bestia activa,
a cadáver pospuesto que insemina?

20-2-1933.

MAR PORTUGUEZ

Ó mar salgado, quanto do teu sal
São lágrimas de Portugal!
Por te cruzarmos, quantas mães choraram,
Quantos filhos em vão resaram!
Quantas noivas ficaram por casar
Para que fosses nosso, ó mar!

Valeu a pena? Tudo vale a pena
Se a alma não é pequena.
Quem quer passar além do Bojador
Tem que passar além da dor.
Deus ao mar o perigo e o abysmo deu,
Mas nelle é que espelhou o céu.

MAR PORTUGUÉS

¡Oh, mar salado, cuánta de tu sal
son lágrimas de Portugal!
¡Cuántas madres, por cruzarte, lloraron,
cuántos hijos en vano oraron!
¡Cuántas novias quedaron por casar
para que fueras nuestro, oh, mar!

¿Valió la pena? Llegará a valerla
si el alma no es pequeña.
Para cruzar el cabo Bojador
hay que cruzar cada dolor.
Dios peligros y abismos al mar dio,
pero fue en él que el cielo reflejó.

NEVOEIRO

Nem rei nem lei, nem paz nem guerra,
Define com perfil e ser
este fulgor baço da terra
Que é Portugal a entristecer —
Brilho sem luz e sem arder,
Como o que o fogo-fatuo encerra.

Ninguém sabe que coisa quer.
Ninguém conhece que alma tem,
Nem o que é mal nem o que é bem.
(Que ancia distante perto chora?)
Tudo é incerto e derradeiro.
Tudo é disperso, nada é inteiro.
Ó Portugal, hoje és nevoeiro...

É a Hora!

10-12-1928.

Valete, Fratres.

NIEBLA

Ni rey ni ley, ni paz ni guerra,
define con perfil y ser
el fulgor turbio de la tierra
que es Portugal en su doler:
brillo sin luz y sin arder,
como el que el fuego fatuo encierra.

Nadie sabe qué cosas quiere.
Nadie conoce qué alma tiene,
ni lo que es malo o le conviene.
(¿Qué ansia distante cerca llora?)
Todo es incierto y terminal.
Todo es disperso, uno jamás.
Hoy eres niebla, oh, Portugal...

¡Es la Hora!

10-12-1928.

Valete, Fratres.

Poema de Fernando Pessoa, atribuido al autor ficticio Charles Robert Anon, publicado en edición bilingüe en: Pessoa, Fernando. *Yo soy una antología*. Jerónimo Pizarro y Patricio Ferrari (Eds.). Nicolás Barbosa López (Trad.). Valencia: Pre-Textos, 2018.

THE FALL OF THE TITAN

From night's great womb with pain the horrid morn has broke,
Far o'er the throbbing earth the *clattering* thunders roar;
The Titan wakes at last, his front begrimed with gore,
His brutal grasp abrupt uproots the ruggèd oak.

In mortal throes he raves, and with his stertorous croak
The birds are *struck*, the *streams* with terror dried, the shore
Caves into sea, mounts break down to their torrid core,
The tottering crags are *rent*, is rent the clouds' gray cloak...

The lightning shrinks, the seas in roaring clangour splash;
The giant sways, and now, with sudden thunderous crash,
Falls, and the thronèd stars from glittering seats are torn...

He fell; the startled earth, with frantic fury stung,
Split, burst and broke; the air with rankling curses rung –
But in the sky the Sun still smilèd as in scorn!...

LA CAÍDA DEL TITÁN

Con dolor el día atroz irrumpe de lo oscuro,
de lejos vibra el mundo y *estalla* el trueno airado,
al fin se yergue el Titán con el rostro encarnado
y con su puño abrupto arranca el roble duro.

Su estertor de agonía chilla el fin prematuro,
a las aves *envuelve*, y *vuelve* el mar osado,
con terror seca el río y el monte deja ahoyado,
desgarra los peñascos y *rasga* el cielo impuro.

Cuando el rayo se encoge, el mar lucha fastuoso,
el gigante se mece, se desploma estruendoso,
se cae y ya sin astros el trono se atavía...

Él cayó y espantada la Tierra se agrietó,
se *rompió*, *explotó* y *rajó*; el aire blasfemó
y arriba desdeñoso el Sol aún reía.

[NOUS ÉTIIONS TROIS ... NOUS ÉTIIONS TROIS ...]

Nous étions trois ... Nous étions trois ...

Celui qui était fils de roi,
Celui qui allait mourir, et moi.

Nous étions trois dans la forêt
À cette heure où la lune vêt
De lointain tout ce qui est près.

Nous étions trois, et nous chantions
De vagues et tristes chansons
Et ces chansons n'étaient que sons.

(Et lentement nous chevauchâmes
À travers ce que nous chantâmes
Et chacun n'était que son âme)

La lune triste et sans sanglots
Tremblait sur nos âmes en flots
Luisait aux carreaux de nos mots.

L'ombre de nos corps nous suivait
Et son faux bruit doux évoquait
Aux rêves que chacun rêvait

Loin de nous, comme un rêve lourd
Coulait le fleuve faux des jours :
Nous allions vers un vain Toujours.

(Chacun de nous était sans nombre
Et dans la grande forêt sombre
Ne se sentait que dans son ombre)

Les arbres immatériels
Rêvaient d'être corps en appel
Vers plus loin encor du Réel ...

(Et nous nous sommes éloignés
Quelque part, vers de vagues prés
Des prés qui ont peut-être été)

Et lentement nous chevauchions
Vers où l'écho de nos chansons
Était plus vrai que nous n'étions

(Nous n'étions, là où rien s'achève,
Qu'au-delà des vitres du rêve
Un rideau que quelqu'un soulève.)

(Ainsi ombrés d'un vague froid
Nous allions, sourds de notre émoi,
Vers o. nous ne serions plus trois) ...

10-10-1913

[ÉRAMOS TRES... TRES POR PARTIR...]

Éramos tres... Tres por partir...
El que el rey pudo concebir,
conmigo y el que iba a morir.

Éramos tres en la breña
cuando la luna se arregla
con cosas que la rodean.

Éramos tres cantadores
de vagas, tristes canciones
que no eran sino rumores.

(Lentamente cabalgamos
entre aquello que cantamos;
solo en el alma gozamos.)

La luna triste y sin llanto
sobre el alma con espanto
reflejaba en nuestro canto.

La sombra al cuerpo acechaba,
su ruin dulzura evocaba
lo que cada cual soñaba.

Lejos cual sueño pesado
corría el tiempo imaginado:
en marcha a un Siempre infundado.

(Cada uno confundido
en el gran bosque sombrío
de su sombra era cautivo.)

La arboleda inmaterial
cual cuerpo ansiaba calar
más allá de lo Real...

(Y nos fuimos alejando
sin destino a un vago campo
que existir está aspirando.)

Lentamente cabalgamos
hacia el eco que cantamos,
más real de lo que duramos.

(No llegamos al umbral,
sino al sueño de cristal,
tras levantar el tendal,

para el frío recorrer
donde no podríamos ser,
sordos de emoción, ya tres) ...

10-10-1913

Hola nenas...

OCT-19
x CARITO

MIS PLANES
DE HOY SON
NO PENSAR Y
SENTIRME BIEN.



♦ PORTARNOS ♦
TAN MAL ♦
♦ COMO ESTUVO ♦
LA SEMANA. ♦

ASQUEROSA.

ESTUVO
HORRIBLE.



MERECEMOS
VOLVERNOS
NADA.



PORFA.

AY
NO
...

¿YA VISTE
QUIÉN ACABA
DE LLEGAR?
...

AH YA, ¿QUIÉN TE INVITÓ AHORA?



QUÉ
FASTIDIO



*hola
nenas*

**LO QUE TODOS
ESPERAN DE TI.**

¿TÚ LO LLAMASTE?

NUNCA. TÚ SABES QUE CAE CUANDO QUIERE.

ISH, VAMOS A DECIRLE QUE SE ABRA.

SABES QUE NO ES ASÍ DE FÁCIL...

YA TODO, CAMBIO.

COMO SIEMPRE.

Y SI... ESTA VEZ NO NOS IMPORTA.

me vale verga si no les importa.

*jamás
me
iré
seje.*

¿QUÉ TIENE
QUE HACER
UNA CHICA PARA
TRATARSE MAL?
TRANQUILA.

DIEZ MOMENTOS EN LA VIDA DE NICK CAVE: BIOGRAFÍA IMAGINARIA DE UN ICONO

Por David Martínez Houghton

SUBURBIOS DE MELBOURNE, AUSTRALIA, FEBRERO DE 1976

Sentado en la esquina de una celda en la estación de policía de *St. Kilda*, Nicholas Edward Cave alcanza a escuchar la voz de su madre, que acaba de pagar la fianza para sacarlo de la cárcel por tercera vez. Al salir de allí, la ve llorar y se da cuenta que su padre ha muerto. El mismo hombre que le enseñó a ver el sufrimiento a través de las novelas de Dostoievski; el mismo que le hizo admirar al bandolero Ned Kelly; el único que comprendió su tristeza por toda la belleza que se destruye a cada segundo y por toda la vida que se escurre por las grietas del tiempo. A sus pobres y hermosos 19 años, este aspirante a pintor y ladrón ocasional no alcanza a vislumbrar su destino; no puede porque es apenas un rufián de poca monta que juega al pistolero solo para evocar las canciones de Johnny Cash. En ese instante, solo puede sentir la rabia y las ganas de atiborrarse de *speed*. Intuye que la muerte de su padre va a dejar una huella imborrable en su alma frágil y oscura. No se siente víctima, pero jura que no va a concederle nada a nadie. Será brutal y obstinado y hasta los tipos duros del black metal le temerán y dirán su nombre con reverencia.

ESTUDIOS HANSA, BERLÍN OCCIDENTAL, ALEMANIA, AGOSTO DE 1986

Cuelga el teléfono y respira para retomar el ritmo con su banda, que al otro lado de la pared lo espera para grabar “The Carny”, un oscuro tema de blues muerto con aires de cabaret. Le cuesta un poco concentrarse. Su amigo Wim Wenders lo ha llamado para que él y su banda hagan un cameo en su nuevo proyecto *Der Himmel über Berlin*, una película sobre ángeles que anhelan la mortalidad y se pierden en conciertos de rock gótico. Será su primera entrada en el cine, que luego le abrirá la puerta como guionista, compositor y, desgraciadamente, como actor secundario. Piensa en las ironías de la vida. Vive en un cuartucho de mierda en Kreuzberg, gasta más de lo que gana en heroína y a veces le cuesta estar sobrio para los ensayos. En medio de ese desastre, aún cree en lo que hace y persiste y

transmite toda esa oscuridad en sus canciones, que en ese momento son crudos relatos de terror y fracaso que mezclan su fascinación por la épica sureña de Estados Unidos, imágenes del antiguo testamento, blues del delta del Mississippi y mucho ruido de punk industrial. Frente al espejo ve la imagen de un vampiro venido a menos, sediento de sangre, pero incapaz de matar por comida. Pesa 60 kilos y fuma 35 cigarrillos diarios.



Nick Cave en Yorkstraße, Berlín occidental, agosto de 1985. Foto de Bleddyn Butcher en *The Guardian*

SÃO PAULO, BRASIL, NOVIEMBRE DE 1991

Un gótico en el trópico. Ni Glauber Rocha lo hubiera imaginado tan perfecto, con camisas de seda o lino abiertas hasta la mitad del tórax, gafas de sol Armani y casi dos metros de estatura. Al caminar por la Avenida Paulista, Nick Cave fuma su décimo cigarrillo del día y deja que un chorro de brisa le seque el sudor de la cara. Ha estado pensando en el nombre de su nuevo disco y un fragmento de un poema de John Berryman le ha dado la solución. Será *Henry's Dream*. Se ha casado, ha dejado de inyectarse y agradece andar libremente por una ciudad en la que sería desconocido aun si fuera realmente famoso. Se siente como un gangster en su mejor momento. “Jack The Ripper”, “I have a dream, Joe...”, luego vendrán “Stagger Lee”, “Loverman”, “Red Right Hand”. Todo lo que escribe es siniestro y es un llamado a la muerte y un homenaje a los solitarios y a los forajidos y a los que día a día se juegan la vida en mesas de ruleta rusa. Sus horas más oscuras en Berlín o en Melbourne han quedado atrás. Ahora es músico y es padre y esposo y ha tomado el control. Aprieta el gatillo, pero ya no contra su propia cabeza, sino contra el hombre de negro que lo amenaza en sus pesadillas.

BRIGHTON, INGLATERRA, 16 DE JUNIO DE 2015

Hace apenas dos días que los tabloides, revistas y portales de internet han dado la noticia de la muerte de Arthur, uno de los hijos que tuvo con la modelo británica Susie Bick. Algunos se atrevieron a declarar, infames, que quien canta a la oscuridad atrae la sombra de la destrucción sobre su vida. Después de 37 años en el mundo de la música, lo que menos le importa es lo que diga un periodista de pacotilla, alguno que seguramente no ha escuchado sus discos. En cambio, le inquieta más ver este nuevo encuentro con la muerte como el cierre de un arco dramático que empezó cuando su padre colapsó en ese accidente. Hasta ese punto, ha agotado todas las posibilidades de ser Nick Cave. Ha sido muchos, pero sobre todo ha sido las dos caras de un mismo enigma: por un lado, un profeta del blues que escribe canciones ruidosas o decadentes sobre exconvictos, pistoleros, almas rotas por el amor y toda clase de outsiders sedientos de redención. Como contrapeso y complemento, ha sido también el artista delicado que busca comprender el dolor a través de baladas tristes. Lo ha sido todo, menos el hombre que debe enfrentar la muerte de Arthur, su hijo de 15 años. Para conjurar el sufrimiento, para darle la cara y agarrarlo del cuello y volverlo poesía, Nick grabará dos discos extraordinarios: *Skeleton Tree* (2016) y *Ghosteen* (2019). En uno de los temas de este último álbum, escribe:

*We are partial to this partial light
We cannot sleep and fear our dreams
There is no order here, nothing can be planned
We are fireflies trapped in a little boy's hand
And everything is distant as the stars
And I am here and you are where you are.*

PARÍS, FRANCIA, ABRIL DE 2004

“Soy un megalómano con una autoestima muy baja”, comenta a una mujer que lo sigue mientras compra algunos regalos para sus hijos en un almacén de Montparnasse. Está dando los últimos retoques a *Abattoir Blues / The Lyre of Orpheus*, un disco doble que va a cambiar el sonido del grupo que lo acompaña desde hace veinte años, The Bad Seeds. Cada lado del disco es un reflejo de su dualidad. Su amigo y guitarrista de la banda, Blixa Bargeld, ha renunciado y eso lo asusta y lo emociona. Recuerda que lo conoció en un bar de mala muerte en Berlín y le fascinó su forma de tocar, entre punk industrial y *avant-garde*. Vendrán otros tiempos. Ha transitado muchos caminos y la partida de su amigo solo es el inicio de otro más. Prefiere morir antes que repetirse. Pese a todo, ha tenido mejor suerte que otras leyendas del gótico. Ian Curtis está muerto, Robert Smith ha dado la espalda al mundo y Peter Murphy se bate a golpes con la policía después de los conciertos. Pero él no. Ha conservado la compostura y ahora se muestra sereno, imperturbable. En cuanto ha sentido el peso de la repetición, de la fórmula, ha escapado y ha buscado otros horizontes. Luego de sus inicios como genio del noise y el post punk con su primera banda, The Birthday Party, pasó a su singular aproximación a la mitología del sur de los Estados Unidos, a los temas bíblicos y a las tradiciones del country y el blues en su primera etapa junto a los Bad Seeds, para llegar finalmente a esa imagen de crooner maduro y consagrado que sacude el mundo del rock con cada uno de sus discos.

COLONIA, ALEMANIA, MAYO DE 1999

Ha pasado ya cerca de una hora y media mirando *El día del juicio*, su pintura favorita de Stefan Lochner. La vio por primera vez en la academia de arte, en esos días en los que se imaginó como un pintor atormentado. “Nothing happened in my childhood — no trauma or anything. I just had a genetic disposition toward things that were horrible”, dice en una de sus entrevistas. Su madre, una bibliotecaria, y su padre, maestro de escuela, siempre procuraron darle una vida buena, llena de amor. Trata de transportarse a sus primeros años en Warracknabeal, ese pueblo caliente y seco y solitario que lo vio nacer. No está seguro, pero juega a creer que esos desérticos parajes le sirvieron para imaginarse en un bar de carretera en Tennessee, escuchando viejos blues de Brian Johnson mientras un borracho le habla de pactos con el diablo y misteriosas leyendas de resurrección y muerte. Vuelve a la pintura de Lochner y recuerda que en esos años también le interesó la religión, en especial la parte que habla del dolor y la soledad. Por eso a veces piensa en Dios como una figura vengativa que llegará un día a arrasar con los injustos y a salvar a los débiles. En ese momento, se ríe al acordarse de sus 29 años en un cuartucho de Berlín, un *junkie* solitario leyendo el antiguo testamento mientras espera la hora de su siguiente chute.



Nick Cave: crooner maduro y consagrado que sacude el mundo del rock con cada uno de sus discos

TEL AVIV, ISRAEL, NOVIEMBRE DE 2017

Termina de leer la carta que Roger Waters y Brian Eno le han enviado para pedirle que no toque en Israel como acto de solidaridad con la causa palestina. Se molesta y luego se siente un tanto decepcionado de que dos hombres a los que admiró en su juventud hayan caído en esa estúpida cultura de la cancelación: “Partly the reason I am playing Israel – to stand against those who shame and silence musicians”, es lo que acierta a decir al periodista de The Guardian. Redactará una respuesta contundente, pero primero fumará y saldrá a tocar y cumplirá con su trabajo. Años atrás, cuando fue a Memphis a conocer la casa de Elvis, Graceland, no soportó la nostalgia y se quedó en el andén mientras Mick Harvey y los otros chicos de la banda paseaban por el museo. No le importaba que Elvis hubiera sido un cretino en sus últimos días. Solo amaba sus canciones e imaginaba cómo había temblado la tierra en Tupelo el día del nacimiento del Rey. Tampoco le importaba que Iggy Pop fuera un desastre o que Lou Reed fuera un engrasado insoportable. Eran sus héroes a pesar o quizá gracias a todas esas imperfecciones y contradicciones. Exigir rectitud moral al arte es como exigir un historial de buena conducta para ser poeta. Por eso piensa que Waters está senil y Eno, al fin y al cabo, siempre ha sido un inglés egocéntrico. Tocaré esa noche ante miles y lo hará con furia y con precisión y con solvencia.

LONDRES, INGLATERRA, MARZO DE 2008

Después de dos horas de trabajo minucioso, ha terminado de mostrarle a Chris Kerr, su sastre desde hace una década, los bocetos de los trajes que usará para la gira de su nuevo disco *Dig, Lazarus, Dig!!!*, un compendio de 11 temas de garage rock y blues eléctrico que exploran su costado más violento. Esta vez ha pedido a Chris que sus diseños sean más sueltos, sin perder la habitual elegancia. Deberá moverse mucho en escena y sudar y gritar y, además, lucirá un grueso bigote que le da cierta apariencia de proxeneta. Aunque siempre ha dicho que un verdadero caballero nunca revela el nombre de su sastre, ya la prensa lo ha descifrado y lo esperan a la salida de la tienda ubicada en *Savile Row*. No son demasiados y responde a las preguntas con calma, con ironía y se sube al Bentley que se pierde por las calles. A salvo, toma un whiskey de su licorera plateada (la misma que le regaló Tom Waits en esa gira del 97, cuando ambos se emborracharon y fueron a apostar en peleas de box clandestinas al sur de Chicago) y le pide al conductor que busque de inmediato la autopista hacia Brighton, en donde pasará dos días con Suzie antes de irse a Estados Unidos con su banda. Verá una película con ella y luego hará una pequeña escala en el programa de Jools Holland antes de partir. No posa de incomprendido ni reniega de su estilo de vida. Es un artista, un intérprete y en parte se debe a su público. Hace poco vio un programa de TV en español en el que una chica argentina dice frente a la cámara que, de crearse un culto a Nick Cave, ella sería la primera en hacer parte. Se ríe y bebe un último trago antes de una siesta.

BARCELONA, ESPAÑA, MAYO DE 1984

“Este será el primer y último concierto de esta banda en esta ciudad de mierda. Esta banda se acabará luego de esta gira y esta ciudad se irá por entre un caño”. Ante la respuesta, el periodista lo toma como un desvarío propio de un junkie acostumbrado a romper su guitarra y lanzarse contra el público en cada concierto. A pesar de que ya era conocido en el mundo de camellos, delincuentes y adictos que seguían su banda anterior, *The Birthday Party*, sacar un disco con nombre propio fue como un nuevo nacimiento. Ya no serían el post punk y el kitsch y el pastiche del gótico. Serán el blues, la literatura, los poetas rotos, los renegados, la ira de Dios. No está seguro de que su banda vaya a mantenerse en firme mucho tiempo. Entre las anfetaminas, el vodka barato y la intensidad de Anita Lee, todo puede pasar. Pero cada noche, después de tocar, sabe que no podría hacer otra cosa. No se trata tanto del rock y toda esa basura de la revista *Rolling Stone*. Se trata más bien de encontrar un medio para expresar su ira y su bajeza y su forma de encontrar la belleza en la podredumbre y el desastre. Pudo ser la pintura y en otros momentos serán las novelas y los poemas y las películas sobre su Australia natal. La cuestión es que el rock le permite mezclar todos esos lenguajes y, sobre todo, llevarlos hasta sus últimas consecuencias. Esa noche va a dar un concierto que dejará loco a todo el que asista, en parte por excesivo, por aberrante, en parte porque en medio de tanto caos y tanta muerte, Nick Cave deja ver a un hombre que sufre y está solo y es vulnerable a su manera.

LOS ÁNGELES, CALIFORNIA, EE. UU., ABRIL DE 2020

Desde que tuvo que cancelar la gira por la emergencia del COVID-19, su mejor forma de pasar las horas después del almuerzo es respondiendo las preguntas de sus fans en los *Red Hand Files*, un blog en el que habla directamente con personas de todo el mundo. Una mujer en Bruselas le pregunta si es verdad que trabajará con Kanye West en su próximo disco. Escribe un rotundo 'No' como respuesta y da clic en 'Enviar'. Una mujer llamada Lottie le pregunta: "¿Cómo saber que voy por el camino correcto?". Lo piensa un instante y recuerda que, años atrás, en momentos de inseguridad, se preguntaba cosas parecidas. Toma su pequeña *laptop* y escribe: "Mira a tu alrededor. Si hay otros que se mueven en la misma dirección, y se parecen a ti, y se mueven como tú, y a todos les gustan las mismas cosas, y odian las mismas cosas, y están enojados por las mismas cosas, y están gritando sobre las mismas cosas, es probable que estés en el camino equivocado". Ha descubierto esta forma de cercanía con las personas, ahora que sabe que no volverá a los escenarios al menos mientras haya una vacuna. La muerte de su hijo lo obligó a mudarse con su familia en California y dejar atrás su amada vida en Brighton, pero tampoco reniega de lo que ve a su alrededor. A sus 63 años, es poco lo que queda por hacer. Ha vivido, ha sido consecuente con lo que ha creído en cada momento de su vida y, sobre todo, ha dejado una obra vasta y compleja. Más de veinte discos de estudio con sus cuatro bandas, dos novelas, dos libros de poesía, el guion para una película inolvidable. También ha sido un buen padre, ha amado en todas las formas posibles a mujeres tan distintas como Kylie Minogue, PJ Harvey y Viviana Carneiro. Ha ido al infierno y ha regresado para contarlo. Estuvo a punto de morir de sobredosis en un hotel en Roma y, al final, ha logrado incluso vencer el cáncer de pulmón con su cajetilla de cigarros diaria. Esa tarde, mientras el sol se pone en ese balcón de Malibú, piensa que es bueno estar vivo y que, a pesar de la violencia y la muerte y la corrupción inevitable de todo, ha valido la pena llegar hasta allí.

SEIS POEMAS DE ALEXANDRA ESPINOSA

¡TÚ, LEVÁNTATE! INTERPÓN LA GUERRA DONDE SE TE OBLIGABA A INSTITUCIONALIZAR LA PAZ

Procura estar en desacuerdo
grita cada vez que alguien diga
«Deberían separar a los hombres de las mujeres en la Fórmula 1»
Donde los otros aplauden
tú pisotea,
el espacio delgado como una fibra ancestral va a enseñarte

no hay más que energía en todo lo que hacemos
el fuego enciende la tierra
cada movimiento es una oportunidad y
nada es más suave que la tibieza del sol cuando acabas de nacer.

Cuando tu cuerpo diga
«Sigue adelante»
ignóralo
ve hacia la izquierda y arriba,
chilla como un perro

enloquece cíclicamente y luego boicoteáte avanzando en silencio
siempre al frente, no hay más alternativa
y reza en bucle, grita tu mantra, susurra tu mantra, calla tu mantra

Prosigo, siempre hacia la meta para obtener el premio del supremo llamamiento, amén y
amén.

Cuando Chelsey Minnis decía
«Aprende a vivir sin disculparte
si no hay nada por lo que dar disculpas, nadie te las puede pedir»
No se trataba de un recurso poético
sino de la necesidad de pervivir dentro de tu propia cabeza
el instinto de supervivencia taladrando tu alma hasta las últimas consecuencias.

En medio de la noche
Hundido con el agua hasta el cuello en mitad de un lago congelado
al menos ten el valor de preguntarte
« ¿Para qué necesitaba entender esto? »

Ten aficiones insignificantes,
si el color de la tela con la que los demás confeccionan sus horribles vidas te impresiona
hasta el llanto
reevalúa
¿Es realmente admiración
o más bien una especie de
autocompasión culposa?

Si alguien te pregunta cuál es tu color favorito
usa el código del pantone para responder
1895u
si nadie entiende, no hay nada que explicar.

Pienso que debo darme una lección a mí misma,
me hago escalar esta montaña y al llegar a la cima
desaparezco,
desde la distancia veo mi propia reacción y jamás lloro.

Antes que el amor está el humor
Podemos ser más sensibles que los demás
pero es imposible que ese sea nuestro único propósito.

Cuando un hombre alto y delgado
trate de entrar a tu habitación en medio de la noche,
no digas que tienes miedo,
levántate y trabaja con la furia necesaria
para acabar con todas las sombras que te persiguen,
al final del día no importa,
él no es nadie
y tú
tampoco.

SI HACE DIEZ MESES ESTE TREN ME HUBIERA DEJADO HABRÍA COMENZADO A LLORAR CUANDO TUVIERA QUE CONTÁRSELO A ALGUIEN

La ligereza de carácter te ubica en una triste posición

A veces pienso en mí como un bebé enterrado en medio de una colina
a doscientos metros de profundidad
los ojos cubiertos de grava
una reducida capacidad pulmonar que me impide llorar,
a veces pienso en mí como un animal enfermo
que vivió siempre en una caja de vidrio con clima artificial.

La ligereza de carácter impide que trabajes con honestidad que pienses con honestidad
que vivas con honestidad

Para ver el río del cielo amazónico,
es necesario subir mil trescientos escalones
trescientos veinticinco metros
y entonces estarás a solas de cara al milagro que necesitabas
pero se te contraerá el pecho por la altura
y tendrás que respirar más profundo que nunca

La ligereza de carácter hace que tengas miedo a la muerte
Pero hay que entrenarse en las averías,
si no somos capaces de escupirlo ahora
nadie va a preparar nuestras bocas para gritar cuando el segundo golpe venga.

a

GUCCI FALL WINTER

Un agujero siempre será un punto de fuga para la luz
incluso cuando sabes que todo lo que hay en el blanco son los demás colores
no puedes creer que el blanco no exista,
la luz de los reflectores es ruido de fondo
lo importante siempre ha sido el sonido de las máquinas,
el placentero claqueo de los huesos,
una sinfonía que habla de la historia de un espíritu cuya fortaleza
magnética
reconfigura físicamente el universo en un ciclo constante.

Aunque reconocí todo
estaba atrapada en una larga pasarela de códigos
dando la impresión de que la delicadeza de la seda y el mundo
amateur
significaban algo para mí,
pero el espíritu es un animal que mira al frente con la única intención
de dar a entender que nada le importa.

El mundo pertenece a quienes trabajan en cualquier sentido,
lo demás son hojas cayendo,
gente que vive de pequeñas intuiciones
y cree ciegamente en los límites de la ciencia
pero jamás ha visto una célula en un microscopio.

CASI ME ENCUENTRO EN EL MEJOR MOMENTO DE MI VIDA

Antes solía pensar que el trabajo dignificaba
era una persona ingenua es verdad, iba por ahí
sintiéndome como un templo inmaterial en el que las cosas sucedían
me arrodillaba ante mi propia santidad y rezaba.

Pero en realidad los días simplemente avanzan infinitamente
sobre el borde complicado del abismo personal
ahora me siento más como un enorme cúmulo de rocas finamente moldeadas por las
circunstancias

Por dentro, soy como una enorme caverna,
estoy vacía
y si gritas lo suficientemente fuerte
podrías escucharte a ti mismo
retumbando
durante horas.

Paso el día enojada conmigo,
Parece que
he puesto todas las piezas equivocadas en el lugar correcto,
arriesgué todo lo que debía guardar,
pero me consuela saber que
ahora todo el mundo piensa lo mismo que yo:
bienes raíces
ahí era donde estaba todo el dinero.

SOY A LIFE WORTH LIVING

La silla vacía, un método en el que el cliente tiene un diálogo con un aspecto de sí mismo o con un ser querido que imaginariamente está en la silla.

Soy A Life Worth Living,
la UK trabajadora retratada por Nick Hedges,
blanco y negro,
la mirada infantil y esa brillante expresión,
mi cara sucia y viscosa pegada a los hilos helados del alambre de mi catre,
mi blusa de espalda abierta,
siempre vestida de negro.
Soy pain de BoyHarsher,
una gargantilla de cuero en el largo cuello
de alguien que lleva el cabello corto,
el video de una canción de Manicure,
el sonido que se repite.

Cierro los ojos y
pienso que estoy sola en medio de un lago congelado
porque esa es la vida que merezco,
soy como el hielo que cruje
dramática y lisa
problemática
molesta pero interesante.

Debemos demasiado a los demás,
el odio y el amor pulen todo lo que hay dentro de nosotros.

Mi fiesta,
es pequeña y
modesta,
solo hay tabaco y antiséptico,
puedes tomarla o dejarla

Al final
como una enorme montaña en la oscuridad de la noche,
no soy nada.

CAVIAR

Quizá es verdad que no le interesas a nadie.

Buscamos reconocer el engranaje sentimental que se aloja en el estómago de las personas a las que parece que amamos.

Aquellos que prometen amarte incondicionalmente no buscan sino alcanzar los huevecillos negros dentro de ti la materia delicada que hierve en tu estómago como una sopa oscura que te mantiene vivo, un lugar seguro al que todos vienen para hundir las manos y cerrar los ojos.

Tu santuario de paz
ahora es público,
como los templos de ratas en India
como las duchas de una playa helada donde te sientas a fabricar pacientemente
cada idea sobre ti mismo
tu famoso: aprender a dar y recibir,
tu edificio de grafito
Perfectamente equilibrado con el mundo
flotando suspendido de su esquina mágica,
la luz
el horror
las palabras de tu padre,
lo que encontraste cavando con esfuerzo y sangre
pero que ahora parece estar escrito con tinta china
en un papel perfectamente doblado dentro de una galleta de la fortuna,
el trabajo de tu vida servido
sobre loza blanca y helada,

con una nota impresa cuidadosamente
que le dice a todo el mundo:
Vuelve pronto.

Duda de quienes no imponen límites,
no hay que confiar en ningún objeto
que no tenga orillas
de las que uno pueda sostenerse
mientras se pone en pie.

«DER PANTHER»

Rainer Maria Rilke

(Im Jardin des Plantes, Paris)

Sein Blick ist vom Vorübergehn der Stäbe
so müd geworden, dass er nichts mehr hält.

Ihm ist, als ob es tausend Stäbe gäbe
und hinter tausend Stäben keine Welt.

Der weiche Gang geschmeidig starker Schritte,
der sich im allerkleinsten Kreise dreht,
ist wie ein Tanz von Kraft um eine Mitte,
in der betäubt ein großer Wille steht.

Nur manchmal schiebt der Vorhang der Pupille
sich lautlos auf -. Dann geht ein Bild hinein,
geht durch der Glieder angespannte Stille –
und hört im Herzen auf zu sein.

Ilustración y artes gráficas

Por Julián Caridi



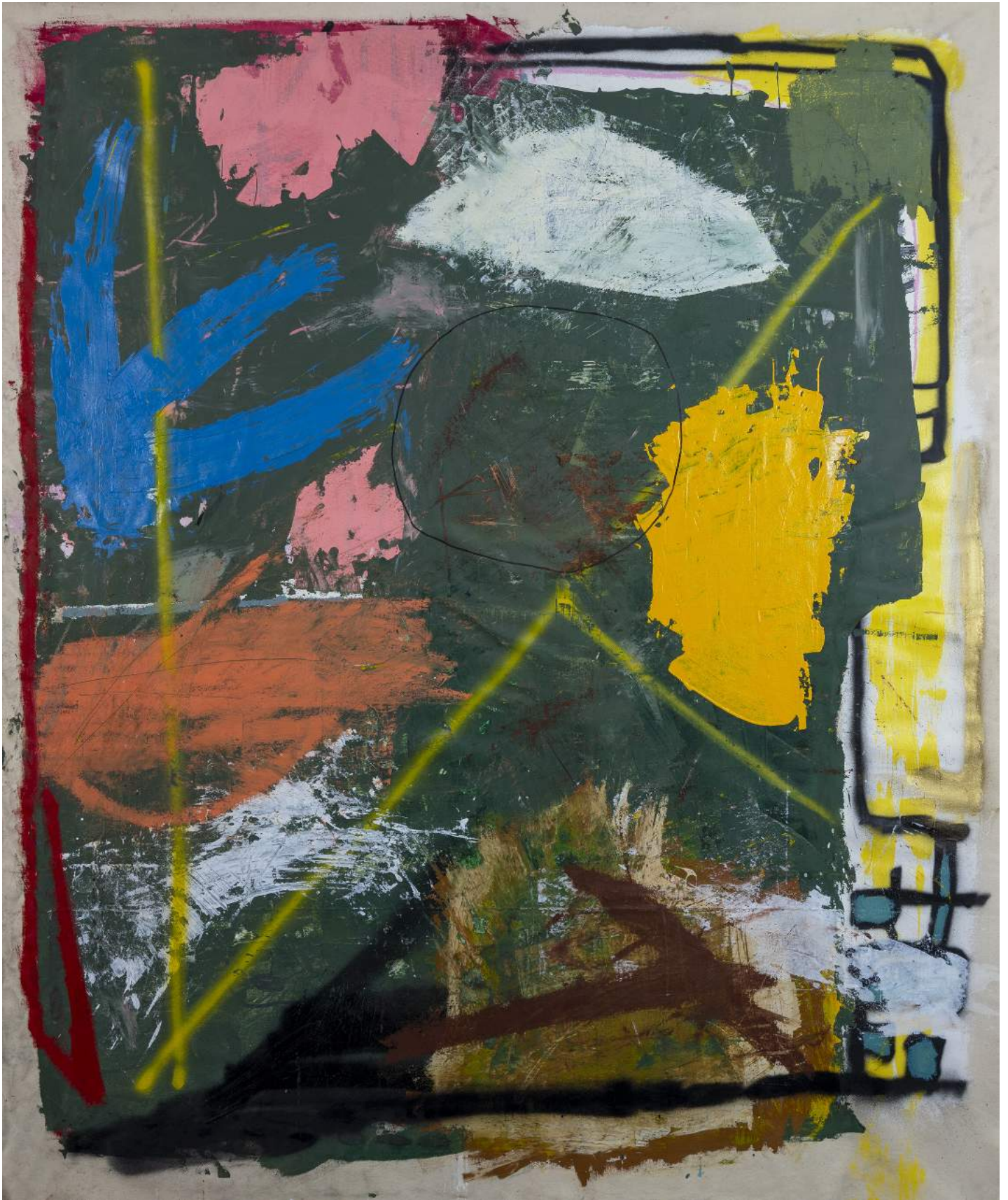
Slow days, and the snakes were gold.



If this means something to you please tell me





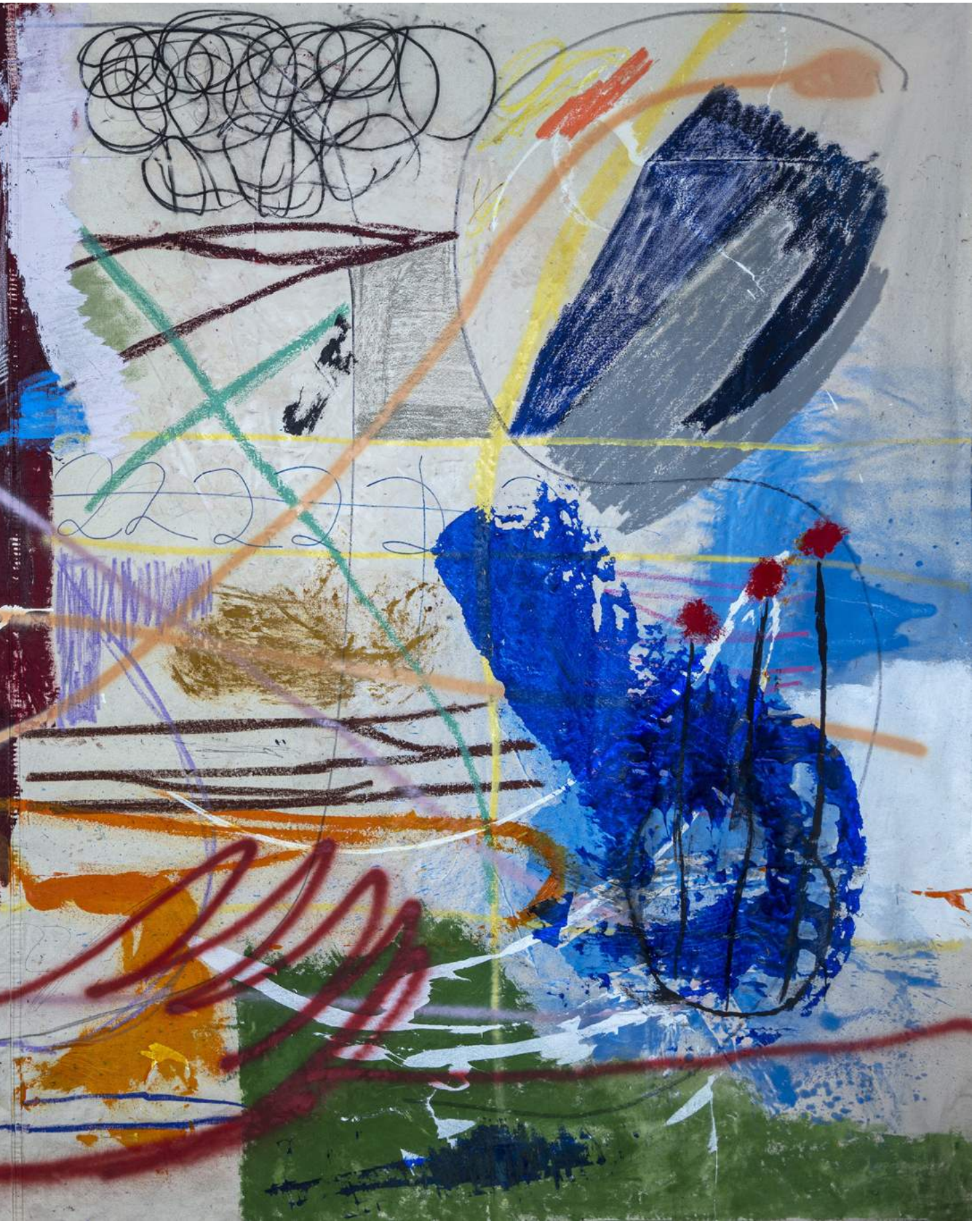


Subtle reminders that as long as you are here you belong



*Why do my hands sweat when the uncertainty is non-existent? I've lived it all before in a future dream.
You still look the same it's insane that I feel so different*











I hope you got my letter, please don't write back

PSICOANÁLISIS, NARCISISMO Y MANIPULACIÓN MEDIÁTICA EN LA ERA VIRAL

Por Joel Klahr

Para el hombre esta ley inmutable prevalecerá por toda la eternidad, y regirá, como en el pasado, en el presente y en el porvenir; en la vida de los mortales nada grave ocurre sin que la desgracia se mezcle en ello. La esperanza inconstante es un consuelo, en verdad, para muchos hombres; pero para otros muchos no es más que un engaño de sus crédulos anhelos.
Sófocles, *Antígona*.

Con esa ley divina, escrita en verso por el profeta maldito, el mismo que llevó a Edipo a matar a su padre y a amar a su madre, y que ante el trágico incesto lo condenó a quitarse los ojos para no ver jamás, comienza el documental que confirmó mi decisión, tomada unos años atrás, de cerrar de manera indefinida mis redes sociales: *El dilema de las redes sociales* (Netflix, 2020). Básicamente, muestra cómo los usuarios de las redes sociales son un producto del mercado que se disputan las corporaciones, los empresarios, los banqueros, los políticos y demás instituciones perversas, para manipular la gleba y hacer con ella lo que les plazca. Explica cómo pueden desestabilizar una economía o polarizar una nación a la vuelta de un *like*. Zuckerbergs y Dorseys crean algoritmos complejos que toman vida propia, que nos perfilan y embrutecen, y los venden al mejor postor. Ni siquiera ellos se salvan. Los programadores y sus clientes son presa de su propio invento. Pues la inteligencia artificial no respeta edad, sexo, raza, religión ni partido político. A todos nos perfila por igual. Ni siquiera es necesario un *like*. Variables como el tiempo que pasa una persona en un *post* (*engage time*) o cualquier otra artimaña que le permitimos a los *smartphones* cuando de afán uno le da “acepto”, son suficientes. Estos algoritmos se sustentan en sencillas técnicas de neuromercadeo y de psicología conductual, con las que logran estimular ciertas áreas del cerebro (las mismas que estimula cualquier sustancia adictiva) para con-

seguir, como único objetivo, que pasemos la mayor cantidad de tiempo posible pegados a las pantallas. *Neuromarketing, cognitive consumer behaviour models, behavioural economics* y demás palabras rimbombantes y en inglés que el neoliberalismo ha creado, y que no son más que la evolución computacional y a gran escala de las clásicas herramientas usadas por la propaganda nazi. Esa propaganda que convenció al pueblo alemán, el “más educado y avanzado” de la época, de producir la barbarie más atroz que jamás ha logrado la estupidez humana. Aún hoy, los alemanes no entienden qué les pasó y lo describen como si hubieran despertado de un trance. Y sí, no fueron ellos. Fue su inconsciente voraz, envidioso y tanático que fue penetrado con el falo de Hitler para reparar la castración de un pueblo vencido y así gobernar su criterio. Si eso lo lograron con la radio y unos cuantos panfletos, imaginemos qué hubiera hecho Goebbels si tuviese acceso a las redes sociales. No es necesario. Sean bienvenidos a la era viral.

La he denominado así no precisamente por el coronavirus, sino por la cantidad de memes letales que sugestionan, manipulan y coartan la libertad de elegir. No me refiero a aquellos memes gráficos tan populares en redes. Me refiero a las ideas concebidas como unidades culturales que se implantan, sobreviven y se reproducen en los cerebros de los seres humanos para cambiar su comportamiento. Ideas virales. Aclaro: los virus son bolsitas de lípidos que contienen ácidos nucleicos y que implantan su material genético en el genoma de la célula para aprovechar su maquinaria de reproducción. La célula, ingenua, antes de morir los masifica y los libera para que infecten otras células. En esa ingenuidad vivimos desde hace más de una década y poca cuenta nos dimos. Pero ¿cómo combatir este enemigo invisible? No hay mejor respuesta que la conciencia. Ser consciente, saber, conocer. Un pueblo educado es más difícil de persuadir que un pueblo ignorante. Los políticos tienen eso muy claro. Ahora bien, las capacidades intelectuales y los títulos universitarios no son suficientes. El conocimiento necesario es el del sí-mismo. Conocer-se. La vida psíquica es básicamente inconsciente y sólo existe un método para acceder: el psicoanálisis.

LA TERCERA HERIDA NARCISISTA

Como toda historia que vale la pena, empezaremos hablando de la muerte y de Dios. En el año 1900, Freud publica *La interpretación de los sueños* y con esto comienza a dar la estocada final al narcisismo humano. Primero fue la revolución copernicana que demostró que la Tierra/hombre no era el centro del universo. A pesar de sus hogueras, nada pudo hacer la Iglesia contra ese meme, pues al creyente no le mentía el telescopio. Nace la ciencia: ver con los propios ojos lo que no es evidente; ojos que la religión no ha hecho más que vendar. Luego, en 1859 Darwin publica *El origen de las especies*, donde nos demuestra con ingenio nuestro origen material, azaroso y salvaje. No solo nos aclara que venimos de un ancestro común con el simio (¡y hasta con las bacterias!), sino que fue capaz de explicar lo inexplicable: el origen del hombre, de los animales, las plantas y de la Tierra misma. Nos permite inferir que la creación no fue para nada benévola ni ejercida por nadie. Sucedió porque la infinitud de posibilidades lo permitió. Darwin nos propone un marco aterrador, donde la supervivencia está llena de necesidades, de sufrimientos, de agresiones y demás mecanismos egoístas que son necesarios para la selección natural de los más aptos. Desde la concepción de la teoría heliocéntrica y de la teoría evolutiva, la ciencia no ha hecho más

que encontrar evidencia que amplía su innegable veracidad. Demostrado el Big Bang y la expansión del universo; descubierto el bosón de Higgs y las vicisitudes del espacio-tiempo, sumados al descubrimiento de Watson y Crick, a la ampliación de la teoría genética y a los avances en biología molecular, es suficiente para que el narcisismo humano quede pulverizado.

El psicoanálisis surge como un tratamiento clínico para tratar enfermedades, pero rápidamente se convierte en un método de investigación que, sin perder su carácter terapéutico, logra descubrir el inconsciente y comprender las leyes que rigen el psiquismo humano. La pieza del rompecabezas que faltaba. Inauguró el siglo XX como antítesis a esa desacertada idea moderna de la omnipotencia de la razón; a ese idealismo alemán que le dio pie a la equivocada interpretación de la raza superior, del superhombre y demás nociones nacidas de una humanidad ciega y desamparada, que no le quedó más remedio que matar a Dios. Y es que Dios no está hecho a nuestra imagen y semejanza. No, está hecho a imagen y semejanza de nuestro padre. De un padre omnipotente y protector que nos resguarda de la oscuridad abrumadora de la infancia. Ese padre que cuando dice “ya” es ya, cuando dice “a dormir” es a dormir y que cuando se enfurece hace temblar la tierra. El niño asustado que llevamos dentro inventó un papá todopoderoso, amoroso pero severo, para que nos protegiera de la aterradora e incomprensible idea de la muerte, de la nada, del no-ser:

En cuanto a las necesidades religiosas, considero irrefutable su derivación del desamparo infantil y de la nostalgia por el padre que aquél suscita, tanto más cuanto que este sentimiento no se mantiene simplemente desde la infancia, sino que es reanimado sin cesar por la angustia ante la omnipotencia del destino. Me sería imposible indicar ninguna necesidad infantil tan poderosa como la del amparo paterno.
(*El malestar en la cultura*, Freud, 1930)

Porque la verdad ya la conocemos, la sospechamos. No hay nada, ni vamos para ningún lado, ni nadie está ahí para salvarnos. Matamos a Dios y nos asustamos con el cuero. Dirán: “Pero todavía hay creyentes”. Claro, porque todavía hay neuróticos. Porque esa angustia existencial que desborda al Yo debe ser resuelta de alguna manera. De eso precisamente es que nos defendemos. Algunos deliran, otros beben y otros leen. De lo contrario, lo único sensato sería el suicidio.

La “peligrosa idea de Freud” generó, genera y generará una repulsión, sin duda defensiva, por cuatro razones primordiales:

- 1) La noción de inconsciente implica que el ser humano deja de ser amo de su propio destino y se convierte en una especie de esclavo. Esto se denomina determinismo psíquico inconsciente.
- 2) La teoría instintiva que nos recuerda que somos animales y que poseemos los mismos impulsos sexuales y agresivos egoístas de cualquier especie.
- 3) El concepto de sexualidad infantil que destruye la noción victoriana de inocencia, convirtiendo al niño en un ser pasional poseedor de pecado. Cabe señalar que el concepto de sexualidad en Freud es bastante mal entendido y aún más cuando se trata de sexualidad infantil (probablemente el malentender es parte de la defensa).

4) El complejo de Edipo que pone en evidencia la prohibición universal aterradora del incesto. Como Edipo, simplemente hay cosas que los seres humanos no podemos ver. Nos defendemos persistentemente de la angustia producto del conflicto inconsciente entre aquellos impulsos salvajes con los que el Ello nos empuja a vivir, y las prohibiciones impuestas por la cultura necesarias para la convivencia (Superyó).

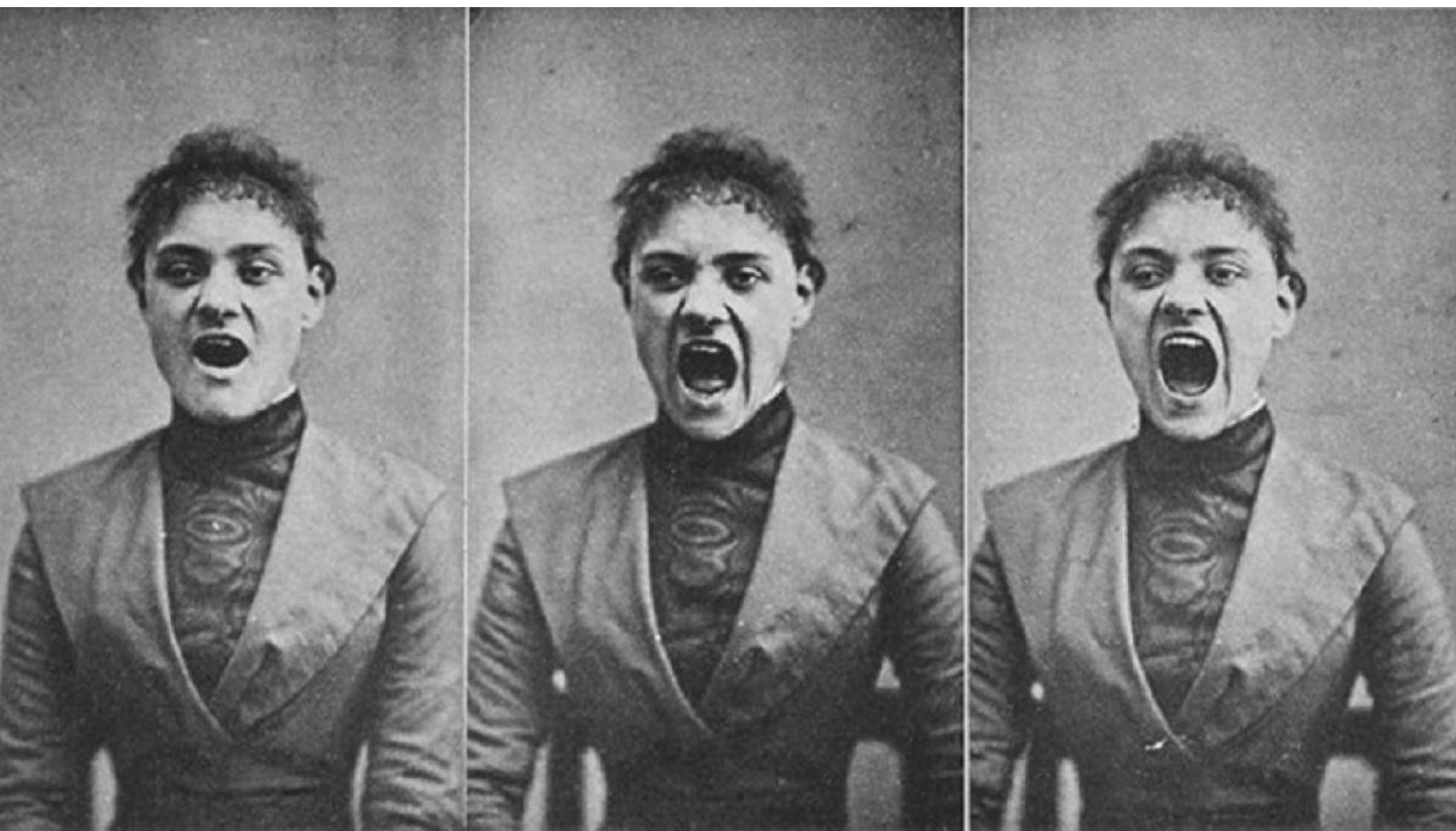
El problema de la crudeza materialista de Freud es que cuando uno hiere al hombre, al narcisismo humano, el hombre se defiende con ferocidad. Al matar a Dios, toda esa energía libidinal quedó libre. En algo se tenía que poner y como el narcisismo reina, se puso en el cuerpo. Toda esa devoción a Dios que nos gobernó milenios quedó reducida al cuerpo, al mí-mismo. Ya no construimos templos ni catedrales, construimos gimnasios y centros comerciales. El nuevo Dios es el Yo y las redes sociales su nuevo santuario. Un espejo virtual para ver a otros como Yo, que piensan como Yo, que se odian como Yo y que en el fondo quieren ser otro: el ideal del Yo.

HISTERIA Y NARCISISMO

La histeria es un concepto milenario inicialmente descrito por los griegos. En griego “hysteron” significa útero. Durante veinte siglos fue concebida como una enfermedad propia de la mujer que se manifestaba con convulsiones, y que se asociaba a otros síntomas corporales diversos tales como: náuseas, vómitos, dolores estomacales, pérdida del apetito, ahogos, palpitaciones, dolores de cabeza, somnolencia, pérdida de la conciencia, entre otros. El viaje errático que emprendía el globo uterino a lo largo del cuerpo — que cuando llegaba al estómago producía vómito; al corazón, palpitaciones; y al cerebro, locura— explicaba este fenómeno, a veces divino y a veces profano. Por donde pasaba la matriz hacía estragos. Ese órgano caprichoso era la razón por la que para Aristóteles las mujeres no estaban hechas para la política. El vicio del órgano representaba la volubilidad emocional y por lo tanto la imposibilidad de juicio. A esa enfermedad y a sus episodios tan dramáticos le debemos un sinnúmero de mitos y leyendas. Fantásticas leyendas de brujas, de exorcismos y de hogueras. Como todo lo desconocido: un producto del demonio. Pero también a ella, entre otras cosas, le debemos el psicoanálisis.

Cuando Freud conoció la histeria ya era definida como una enfermedad neurológica y ya estaba bastante bien descrita. Aunque no encontraban lesión orgánica alguna, sabían que era un problema del sistema nervioso. Inclusive, ya existía un tratamiento con modestos resultados conocido como hipnosis. Durante el estado hipnótico le decían a la paciente que cuando despertara el síntoma se le iba a quitar. Se sugestionaba hacia la mejoría y a veces funcionaba. El gran aporte de Freud fue que logró comprobar que el problema no era neurológico sino psíquico y que su causa era de origen traumático, sexual e infantil. Identificó que los síntomas en la histeria eran una manera de defenderse de la angustia de la propia sexualidad, surgida en un evento traumático en la infancia.

Con cada episodio, con cada crisis, la histeria logra llevarse las miradas del público aterrado (aunque maravillado) a su alrededor. La enfermedad, como todas, trae sus ganancias. El ser vista es la principal. La histeria va más allá que unas cuantas crisis. También es una manera de ser, de actuar y de relacionarse con el mundo. Es un tipo de personalidad.



"La histeria es una manera de ser, de actuar y de relacionarse con el mundo"

Principalmente, la histeria es seductora, actoral y dramática. Es hipere expresiva, sensual y encantadora. Es corporal, camina con gracia y sabe bailar. También, es bastante creída y envidiosa. Cuando las cosas se le salen de control pierde su dulzura y agrede. Si no puede, enferma, se desmaya, convulsiona o enloquece. Es, en síntesis, narcisista. Ella siempre gana. Pero por sobre todas las cosas, la histeria es sugestionable. A ella le sirven todo tipo de remedios, de bendiciones y de premoniciones. El histérico es el consumidor ideal de charlatanes. De eso viven los sanadores, los sobanderos, los brujos, los pastores y los médiums. Pero también, de eso vive la moda, la industria cosmética, la automovilística, la alimentaria y, tristemente y cada vez más, la industria médica. Y por supuesto, de eso vive Facebook, Snapchat e Instagram. Lo histérico en la cultura está en todos y en un país como el nuestro, aún más. ¿O han visto a un alemán mover los hombros al son de una cumbia? Ese fenómeno es universal porque todos fuimos niños, todos fuimos impresionables y, claro está, todos pasamos por el Edipo; por la etapa fálico-edípica. La universalidad de la religión y de la creencia en Dios es una prueba fehaciente de la universalidad del Edipo. ¿O a quién no le gusta maravillarse? ¿A quién no le gusta sentirse especial? La sugestionabilidad en lo histérico se explica por el infantilismo producto de la regresión. La ignorancia, tanto como la infancia,

es presa fácil de la sugestión. Por eso es determinante que los niños y los adolescentes no tengan acceso a las redes sociales. La suma entre ignorancia y sugestionabilidad explica el alto impacto de las cadenas de WhatsApp y de las famosísimas *fake news*.

El narcisismo también está en todos porque tenemos instinto de autoconservación y un monto variable de autoerotismo. La libido, energía psíquica que nace del instinto (también llamado pulsión), tiene la urgente necesidad de descargarse (satisfacerse). Si no es posible, debe tomar otros caminos. Los instintos parciales reprimidos, las perversiones, propias de la sexualidad infantil (somasoquismo, voyerismo-exhibicionismo, pedofilia) también están en todos. Una opción, la ideal, es sublimarlos. El profesor de colegio sublima la pedofilia y el cirujano el sadismo. La sublimación es el mecanismo de defensa más maduro y elaborado que tenemos. Nos Permite convertir los instintos perversos en fines desexualizados al servicio de la sociedad. Si no es posible, se reprimen (por eso lo olvidamos) se devuelven al Yo (por ejemplo, la autoagresión) o se tornan en lo contrario (mecanismo de defensa conocido como formación reactiva). Todo masoquista es un sádico, todo voyerista es exhibicionista y todo homofóbico le teme a su propia homosexualidad. Por eso Freud sospecha tanto de la compasión excesiva. A los instintos parciales perversos es a donde más aluden las redes sociales. Al deseo de ver, de mostrar, de agredir y de ser agredido (¿o cuánto placer no produce una buena pelea a punta de comments?). No es simplemente que hay narcisos e histéricos en las redes sociales, es que las redes sociales apelan al narcisismo y a lo histérico que hay en todos.

EL SIGLO DEL YO

Mientras que en Europa Freud buscaba aliviar al enfermo y entender el complejo funcionamiento del psiquismo, en América, su sobrino, Edward Bernays, utilizaba los descubrimientos recientemente descritos por su tío en beneficio de los mercados y de los partidos políticos. Identificó que todo ser humano tiene un monto de narcisismo explotable y que inconscientemente lo que la gente quiere es un falo. Los hombres tienen miedo a que se lo quiten (ansiedad de castración) y las mujeres lo envidian. Bernays dio cigarrillos a las mujeres para empoderarlas, y carros deportivos a los hombres para compensar su pequeño y modesto pene. Con eso duplicó la venta de cigarrillos y salvó la industria automotriz. Y es que el falo representa poder. Esos ideales que componían el sueño americano, como la constante búsqueda de la democracia, de los derechos civiles, de la libertad, la igualdad y la oportunidad, quedaron reducidos a la funesta idea de que depende de uno ser todo lo que imaginamos en la infancia narcisista (¡siempre y cuando se pueda pagar!). La competencia no es más que la representación social de la dominancia y la sumisión, y es precisamente eso lo que explota la publicidad. Antes del siglo XX la gente compraba ropa por necesidad, cosméticos por salud y alimento para nutrirse. Gracias a Bernays y a sus tácticas de persuasión subliminal, ahora es una necesidad visceral cambiar con frecuencia de ropa, de carro y hasta de cuerpo. Él se conoce como el padre de las “relaciones públicas”; nombre que inventó para no usar la palabra “propaganda” colectivamente identificada con el nazismo. Esa búsqueda de eufemismos políticamente correctos es el rol que cumplen los *focus groups* (¡suena más *light* decir “homicidios colectivos” que “masacres a líderes sociales”!).

La psicología de las masas tiene su propia manera de funcionar. Según Bion, existe una Mentalidad grupal colectiva e inconsciente que se conforma por la voluntad, la opinión y los deseos unánimes de un grupo. Es inevitable ser influenciado por el grupo y por sus líderes. Ocasionalmente, los grupos tienden a conseguir un objetivo común en beneficio de todos. En cuestiones políticas, muchas veces no se cumple el objetivo común, sino que se privilegia la necesidad de unos pocos. La masa es manipulada por supuestos que hacen creer que las decisiones son propias y que están en beneficio de la mayoría. Son reacciones grupales defensivas que satisfacen esos impulsos inconscientes infantiles. Por ejemplo, esas ansiedades de desamparo infantil se pueden resolver con falsas convicciones de que hay algo, usualmente un líder, que provee la satisfacción a todas sus necesidades y sus deseos. Es una solución ilusoria de la cual los individuos dependen y que los conlleva a creer que sin eso no sobreviven. Un padre protector y todopoderoso que nos dé la sensación de seguridad. Un padre de “mano firme y corazón grande” (amoroso pero severo). O nos hacen creer con convicción que existe un enemigo común y que es necesario atacarlo o huir de él. Esto da la sensación de unidad y disipa la atención de los problemas reales (¿cuántas veces escuchan en campaña “Venezuela” y cuán pocas “educación gratuita”?). Los supuestos logran darnos la ilusión de democracia, de libertad, de libre elección y de libre desarrollo de la personalidad. Vale la pena aclarar que el inconsciente colectivo siempre ha funcionado de la misma manera, pero sólo hasta el siglo XX es manipulado con conocimiento de causa. Y solo hasta el XXI es posible acceder virtualmente al cerebro de un tercio de la población mundial en contados segundos.

LA CULTURA BORDERLINE

El impacto que ha tenido la revolución femenina en la mente humana es inmensurable. Podríamos decir que es incluso más grande que el de la revolución agrícola y el de la revolución industrial. Este fenómeno se dio gracias a dos sucesos históricos fundamentales. El primero de ellos, la Segunda Guerra Mundial. Los hombres morían en el frente y no había quien trabajara en las fábricas. Las mujeres empezaron a trabajar y los empleadores se llevaron la sorpresa de que eran más eficientes, más puntuales y minuciosas que los hombres. No bebían y no peleaban. El empleado ideal. Es cierto que desde la Primera Guerra fue necesario que las mujeres trabajaran, pero en la Segunda, el déficit masculino era tal que incluso fue necesario que las mujeres combatieran (¡y con qué honor y ferocidad!). Los valores cambiaron porque los mercados cambiaron y no al revés (¡Ahora entendemos a Marx cuando dice que el motor de la historia es la economía y la lucha de clases!). El segundo suceso, más fundamental aun, es la aparición de la anticoncepción. Ahora las mujeres escogen de quién tener hijos y de quién no. Es un poder que han tenido siempre, el de elegir, pero ahora con absoluta certeza. Pasaron de tener hasta una docena de hijos, a uno o dos en el mejor de los casos. Las mujeres votan, se educan, tiran y trabajan a la par de los hombres. Aún hay demasiado trecho por recorrer en cuestión de derechos, pero el cambio es suficiente para que las mujeres dejen, de una vez y para siempre, el trabajo de mamá.

Antes del siglo XX un bebé era cargado, estimulado y amamantado por su madre durante años. Mamá siempre estaba en casa para él y para sus hermanos. El padre hacía el papel de proveedor asegurándose que la alacena estuviera llena y así la madre podía dedicarse

tranquilamente a criar. En la actualidad, las mujeres tienen licencias de maternidad extremadamente reducidas y pelean poco por ese derecho. Tienen trabajos que mantener, metas profesionales que alcanzar y un cuerpo que cuidar. Los niños no son lo suficientemente cargados, ni estimulados y, en el mejor de los casos, son dejados a la deriva de una cuidadora que no tiene quien cuide a los suyos. El padre, muchas veces ausente, aporta aún menos. Y es que una mujer sola o come o da de comer. Tiene que salir a buscar el pan y no puede hacerlo con los muchachitos en sus brazos. Esta insuficiencia impide que los niños introyecten la confianza básica en términos winicotianos: la confianza de sentirse en el mundo y sostenidos por lo que los rodea. Esto también se relaciona con la dramática disminución del amamantamiento cuyo principal objetivo, tan importante como el nutricional, es el apego.

Identificar sentimientos no es algo implícito en el bebé. La madre apegada recibe empáticamente los sentimientos del bebé y se los devuelve en palabras (función de *rêverie*). La lengua materna es la que nos permite nominar objetos (mundo externo) y las sensaciones (mundo interno). Eso nos ayuda diferenciar entre la realidad y la fantasía. Esos límites del cuerpo, los límites del Yo, son precisamente de lo que, cada vez más, carecemos. Personas inseguras, incapaces de reconocer sentimientos y con serios problemas de apego. Y como si no fuera suficiente, el no estar cuidando a los niños los hace presa fácil de abusadores de menores. Eso dice mucho de un país como el nuestro donde el 40 % de familias están compuestas por madres cabeza de hogar.

La mayoría de *millennials* y *centennials* tenemos mucho de esto. Eso hace que nuestra confianza en nosotros mismos sea endeble y nos sintamos perdidos en el mundo. No es el exceso de oportunidades, es el exceso de carencias. Niños con carencias afectivas, asustados, desorientados y, en el peor de los casos, abusados, enfrentados a un discurso de la “excelencia” abrumador, principalmente promovido por los padres y por las instituciones educativas desde el kínder hasta la educación superior. Sin hermanos, a su majestad el niño se le da todo lo que pide. Egos inmensos con autoestimas microscópicas. Narcisismos tan frágiles que no toleran la más mínima frustración. Además, muchos sin padre. El padre, además de proveedor, cumple una función fundamental en la conformación del psiquismo infantil. El padre es la norma, la ley, pero también el que protege y da seguridad. Entonces, además desamparados y sin ley. El resultado: jóvenes impulsivos, inestables, vacíos, con una angustia que los carcome y con un deseo permanente de morir. Jóvenes con una oralidad insaciable que parcialmente satisfacen con entretenimiento vacío, con sustancias psicoactivas o con prendas de vestir. El personaje ideal para ser presa de discursos extremistas y de cualquier otra cosa que les permita llenar el vacío y encontrar identidad. En fin, jóvenes consumidores.

Y es que nos ofrecen un ideal del Yo absolutamente inalcanzable. Belleza inexistente, juventud imposible, romances de televisión, viajes de ensueño, logros académicos material de Nobel, fama, fortuna y todo aquello que nuestra idealización se ha dejado imponer. Lo más doloroso es que quien alimenta el sistema somos nosotros mismos. Aquel joven vacío, deprimido y suicida detrás de la pantalla tiene un alter ego digital que todo lo puede. Los adolescentes, por razones tanto culturales como biológicas, tienen un monto muy elevado de narcisismo. Son la población más vulnerable a la presión sobre la autoimagen. Por eso, no es sorprendente que desde que las redes sociales aparecieron en los teléfonos móviles, las tasas de suicidio y de autolesión en esta población han aumentado de forma dramática (¡y pensar que la adolescencia es un fenómeno que se prolonga cada vez más!).

Como con toda grúa cultural, el efecto que tuvo la revolución femenina no es una cuestión moral. No tener padre (porque físicamente no está o porque las mujeres ya no lo necesitan) nos liberó del yugo. Además de la igualdad (no solo entre los sexos), nos permitió la desobediencia, las contraculturas de los sesenta y los setenta, la liberación sexual, el libre pensamiento, la búsqueda incansable de la democracia y de la adquisición de derechos fundamentales. Ya no tememos a la autoridad o a tomar riesgos y eso nos hizo más libres. Pero poco a poco y sin saberlo, nuestras mentes han sido manipuladas y homogenizadas para volver al manso sometimiento. Y esta vez no es un padre amoroso pero severo, esta vez son unas cuantas corporaciones.

PSICOANÁLISIS Y LIBERTAD

Se dice de Freud que era un optimista clínico y un pesimista social. El psicoanálisis, aunque no es su objetivo, tiene la capacidad de curar histerias, problemas de carácter, trastornos de ansiedad, de depresión, trastornos obsesivo-compulsivos y demás padecimientos neuróticos presentes en la mayoría. Su objetivo principal es el autoconocimiento, hacer consciente lo inconsciente. A medida que eso sucede se va encontrando sosiego. También permite desarrollar el potencial individual, explotar la creatividad, la capacidad de pensar, de amar y de trabajar para servir mejor a la sociedad. Conocerse, reflexionar, dudar y perdonar son sólo unos de sus efectos. No necesariamente produce un cambio. Cuando un paciente llega a una conclusión, muchas veces pregunta: “¿Y ahora qué hago con eso?”. Ahora lo sabe y es libre de elegir. El inconsciente nos determina y conocerlo permite tomar acciones conscientes sobre el asunto.

Al parecer y sin saberlo, cerrar mis redes sociales fue un gesto de libertad nacido de mis años de psicoanálisis. Por eso, como al final del documental, quisiera dejarles algunas recomendaciones puntuales para que no sean presa fácil de tan perversas estrategias de persuasión:

* Vayan a terapia, vayan a terapia, vayan a terapia. Psicoanálisis sería ideal, de orientación psicoanalítica aguanta, sistémica ¿por qué no? De ahí para abajo es para tratar síntomas. Vayan si se sienten mal, pero no los hará libres.

* Hasta que los Estados no regulen el acaparamiento de la información, las estrategias de neuromercadeo, la venta de datos y la capacidad de publicitar sin límites por parte de estas corporaciones, mi recomendación es cerrar las redes sociales. Son herramientas tan poderosas que ni el autoconocimiento es suficiente para combatirlas. Por más psicoanalizados, el inconsciente en su mayoría es incognoscible y el determinismo inevitable. Cerrarlas también es una manera de protestar contra la manipulación y el abuso de poder.

* Muchos de ustedes podrían considerar que leer sobre psicoanálisis, psicología y filosofía podría ser suficiente. Desafortunadamente, conocer la teoría no ha aliviado a nadie. Es necesaria la presencia de otro que pueda recibir lo inefable y devolverlo en palabras

(función de *rêverie*). Además, sepan que el psicoanálisis es una terapia basada en el amor (la transferencia).

* Si a alguien detestan probablemente es porque lo llevan dentro. Representa una persona significativa de su infancia y muchas veces a ustedes mismos. En nuestro psiquismo todo encuentro es un reencuentro. Recuerden que el amor y el odio coexisten, lo contrario es la indiferencia.

* Duden de su propia indignación. Si algo los moviliza pasionalmente, los indigna, los repugna o los llena de odio, por lo tanto no aceptan argumento en contra, cuestionémoslo y deténganse a escuchar. Probablemente hay algo en ustedes que no están viendo y las más de las veces es un deseo inconsciente de lo contrario. La compasión extrema está llena de sadismo, la pasividad llena de agresividad y (espero no llevarme enemigas) el feminismo radical puede estar lleno de misoginia, de un deseo parricida o de un complejo de castración. Eso no lo hace ilegítimo y mucho menos cuestiona la absoluta necesidad de su lucha social. El problema es que lo vuelto en lo contrario, a diferencia de lo sublimado, es desgastante, irreflexivo y poco constructivo. El ejemplo del feminismo es ilustrativo porque nos permite aclarar dos puntos fundamentales: el primero, es que generalizar y usar de manera silvestre los conceptos psicoanalíticos es equivocado, provocador y agresivo. Los conceptos son universales, pero se expresan de forma muy particular en cada uno de nosotros. La única manera de saberlo es en el encuentro entre dos subjetividades: el paciente y su analista. El segundo punto por resaltar es que la teoría psicoanalítica describe cómo funciona el psiquismo y no cómo debería funcionar. No es una cuestión moral. Como vimos, fenómenos como el patriarcado tienen un origen en el desarrollo sexual infantil y eso es producto de la compleja y recíproca relación entre naturaleza y cultura. Es la moral colectiva y consciente la encargada de dictar lo que debería ser.

* Exigir derechos con profunda indignación y con sadismo produce un efecto muy opuesto en el otro. Recuerden que herir al narcisismo profundiza la herida y la defensa se hace más fuerte. Esto es fundamental para evitar la polarización.

* Recuerden que somos profundamente susceptibles a la competencia. Está en nuestra naturaleza. Nos medimos las vergas todo el tiempo. De niños nos medíamos para ver quién era el más alto, en la adolescencia el más guapo, y en la adultez el más inteligente, el más adinerado o el más poderoso. Sepan que el falo más poderoso es el conocimiento. Las mujeres no se salvan, se miden las vergas por igual.

* Estos algoritmos identifican aquello que simbólicamente satisface nuestras mociones pulsionales (deseos y temores inconscientes). Nos muestran lo que queremos ver. Ese sadomasoquismo es alimentado por un video amarillista a la vez. La manipulación se pega de lo que sea: del exhibicionismo y de la sugestionabilidad de lo histérico, de la necesidad de lo obsesivo de dejar sin numeritos las aplicaciones y de lo pasivo-dependiente de agredir y de someterse al pensamiento del otro; de la necesidad narcisista de compararse y de revisar los *likes*. De la desconfianza del paranoide, de la necesidad limítrofe de

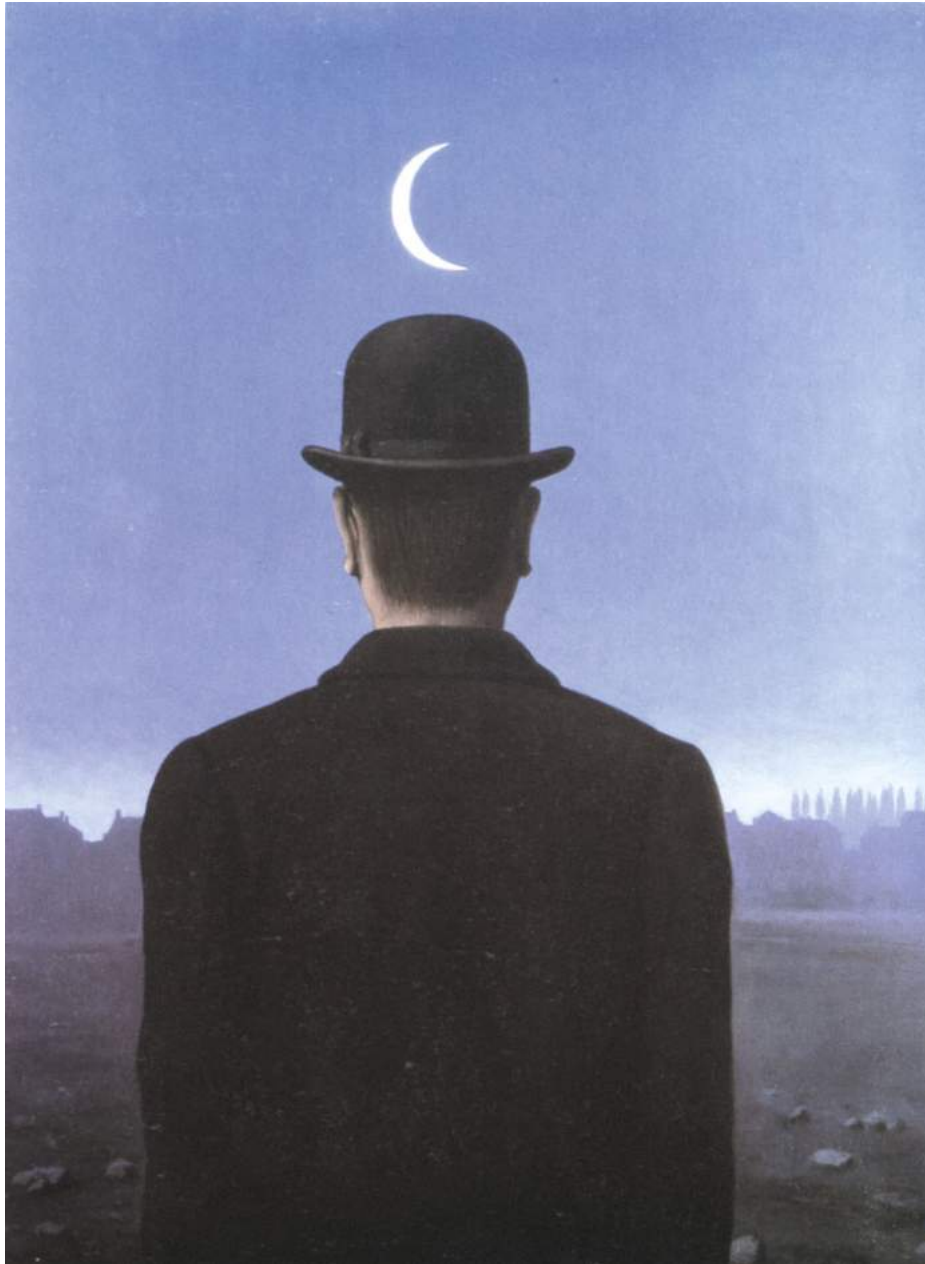
llenar un vacío y de encontrar identidad, y de la oralidad del adicto y su imposibilidad de desprenderse. En mayor o menor medida, a todos ellos los llevamos dentro porque todos pasamos por las etapas del desarrollo sexual infantil donde esas defensas y mecanismos de adaptación fueron necesarias.

* Finalmente y en palabras de Freud: *amar para no enfermar*. El odio, la indignación, el egoísmo y la intolerancia enferman.

Es importante aclarar que la manipulación del inconsciente no es ejercida a voluntad por un titiritero malévolo con conocimientos profundos de psicoanálisis. Es un relojero ciego llamado inteligencia artificial con una capacidad de aprendizaje exponencial (*Machine Learning*) que no necesita saberlo. Identifica patrones a prueba y error, los selecciona y los replica. Con predicciones cada vez más precisas, las máquinas han aprendido a identificar nuestros deseos inconscientes, nuestros defectos de carácter, en fin, nuestras debilidades, para usarlas en nuestra contra. Con cada *scroleada*, con cada *like*, con cada *retweet* la religión de los datos se va llenando de adeptos. Esto parece sacado de una serie de ciencia ficción. No lo es. Tuve la oportunidad de trabajar en un laboratorio de neurociencia computacional donde, con herramientas bastante más sencillas, eran capaces de predecir a través del discurso libre y con un grado sorprendente de exactitud, quién desarrollaría esquizofrenia y quién iba a ser bipolar. Es posible identificar depresivos, suicidas, adictos y pederastas. Estas herramientas bien utilizadas podrían ser de gran ayuda, pero el neoliberalismo salvaje pone sus tentáculos en donde pueda y la ciencia no se salva de eso. La ciencia también está viciada por la mano negra y tiene sus propias agendas políticas y económicas. Muchas veces nos ofrece una ilusión de objetividad y también se vende al mejor postor. Desafortunadamente, para la era viral no habrá vacuna. La única solución está en nosotros; en lo más profundo de nosotros.

Narrativa

DOS CUENTOS DE RICARDO SILVA ROMERO



René Magritte, *El maestro de escuela* (1954)

DR. TOMÁS AGUIRRE

El ingeniero Diego Espinosa no siente nostalgia por Bogotá, por su esposa o por su hija recién nacida. No logra acomodarse en el asiento del avión. Parece de cincuenta años, pero acaba de cumplir cuarenta y dos. Prefiere volver a su ciudad sin avisarle a nadie porque no quiere escenas en el aeropuerto. Lleva casi tres semanas en París y aún no le entiende ni una palabra a las francesas. Para decir verdad, los Campos Elíseos no le parecieron nada del otro mundo. Odia los vuelos. Tiene dolor de cabeza. Quiere dormir.

Pero no, no va a poder hacerlo. El doctor Tomás Aguirre, un gordo venezolano sin talla, se sienta en la silla del lado, junto a la ventana, y le dice “mucho gusto, soy Tomás Aguirre: tenemos doce horas para conocernos”. Está rojo, el señor Aguirre. Suda y respira como si estuviera a punto de estallar. Trata de alcanzar los cordones de sus zapatos, para amarrárselos de una vez por todas, pero están muy lejos. Dice que desde ya siente nostalgia por las mujeres y los monumentos de París. Quisiera decirlo en francés, asegura, pero no le sale ni una palabra de esas. Qué lástima: París es la mejor ciudad que ha conocido en toda su vida. Pero, bueno, no hay problema: le encanta el mundo de juguete de los aviones y se siente mejor porque nunca, en toda su vida, había ido a Bogotá.

Ah, hay algo más: se va a casar, por segunda vez, cuando regrese. La afortunada, dice, “es una francesita deliciosa”.

El gordo no para de hablar. Podría pronunciar frases por el resto de su vida. No puede creer que los aviones vuelan, se muere de la risa con la mímica preventiva de las azafatas, se siente fascinado por las bolsas para el mareo, las almohadas y las cobijas. Se queja porque ya se ha visto la película que van a dar y porque le han tocado, justo a él, los únicos audífonos que no funcionan. Le da vergüenza con Espinosa, es cierto, pero ya decidió quitarse los zapatos. No quiere carne sino pechuga de pollo. Y mientras come, y se le acaba el aire porque no puede controlarse, le pregunta a Espinosa si –bueno, si no es ninguna molestia, si al final no va a comérselo – podría regalarle su flan de caramelo.

Es la pesadilla de cualquier vuelo: un tipo que no quiere callarse. Sí, es una vida dura: quien habla todo el tiempo no tiene nada que decir; quien tiene que decirlo todo no encuentra las palabras; y los demás, el auditorio invisible de todos los tiempos, prefieren quedarse sordos y lamentar que nadie quiera oírlos. Eso es lo que piensa, en este preciso momento, el ingeniero Diego Espinosa. Que el único que quiere hablar en el avión es el único que nadie quiere oír. Que daría lo que fuera para que ese avión, ahora que los tumban con misiles y con bombas, no se caiga de un momento para otro al océano. No quiere decirle sus últimas palabras a ese gordo.

Espinosa se levanta, le pide a la azafata una pastilla para el dolor de cabeza y, a pesar de que siempre siente que no es bueno pararse y caminar por el avión, porque uno no sabe bien si está desnivelando algo, finalmente entra en el minúsculo baño del aeroplano. Es, quizás, el peor sitio del mundo. O lo es, al menos, para Espinosa. Ahora se ve en el espejo y no puede con su propia mirada. Quisiera dormirse ya. Quisiera tener nueve años. Quisiera volver al edificio de su infancia a jugar a las escondidas. Un letrero iluminado le da la orden de volver al asiento y ajustarse el cinturón de seguridad. Han entrado en zona de turbulencia.

Vuelve a su asiento. Las mamás le están ajustando los cinturones de seguridad a los niños como si estuvieran en un carro que atraviesa una carretera destapada. Los papás le encuentran explicaciones físicas a las brutales caídas del avión. Los bogotanos tratan de mantener la compostura, pero algo se les sale de las manos. Algo que no es británico, sino muy, pero muy criollo: unas incontenibles ganas de abrirse la camisa hasta la mitad y quitarse los zapatos; unas ganas de gritar “vamos a morir”; una innegable vocación a pensar, sin el menor sentido del humor, que el aparato va a caerse en el océano.

El gordo está dormido. Está lleno de boronas, tiene la corbata dentro de la camisa y ni siquiera el temblor del avión logra conmoverlo. Espinosa no sabe si odiarlo a muerte o mandarlo al Instituto de Bienestar Familiar para que alguna familia de potentados lo adopte. El ingeniero llega hasta su asiento, se acomoda con todo el cuidado del caso para no despertarlo, se pone sus audífonos y trata de elegir una emisora. Quisiera llegar a Bogotá, pero quisiera, también, aparecer convertido en otro. Quisiera aterrizar en otra época. Quisiera volver a cuando era capaz de conquistar a otras mujeres y no se repetía a sí mismo, una y otra vez, “el matrimonio es sagrado”.

¿No sería maravilloso? Llegar a la Bogotá de cuando estaba en la universidad y se llevaba a su apartamento de soltero a todas las mujeres que se encontraba por el camino. Aún no puede creer que haya pasado tantas noches con tantas feas. ¿En esa época no tenía gusto?, ¿no le importaba?, ¿se imaginaba otras caras en esos cuerpos? Altas, flacas, gordas, bajitas, promiscuas, pecosas, pálidas, morenas, pelirrojas, feministas, separadas, casadas, profesoras, alumnas, vírgenes, exitosas, ninfómanas, fracasadas, poetisas, secas e insensibles, frías, tontas, confundidas, imposibles, abandonadas, drogadictas, chistosas, nobles y de buenos sentimientos, completas desconocidas, hermanitas de mejores amigos: todas habían pasado por su cama. Las había convencido, a casi todas, de que estaba profundamente enamorado de ellas.

¿En qué momento se volvió este ser triste y cerrado sobre sí mismo que solo se enfrentaba a la angustia en los vuelos a Europa?, ¿por qué se transformó en un padre desnaturalizado que podría no volver a ver a su hijita recién nacida?, ¿cuándo se transformó en este ejecutivo, en este exportador de ropa de algodón que no quiere hablar de las canciones que compuso, con un grupo de amigos del barrio, cuando tenía diecisiete años?, ¿en dónde dejó la música de su guitarra?, ¿la tiene bloqueada en alguna alcantarilla del cerebro?, ¿valdría la pena ir a un psiquiatra a explorar sus debilidades?, ¿será mejor viajar y viajar, trabajar y trabajar, dejar al monstruo que lo habita completamente dormido?

Le sorprende que el gordo no ronque. Le sorprende que no se mueva ni un milímetro hasta cuando, preocupado, decide acercársele. No, ya no se mueve. No, ya no sonríe. Y no, no tiene pulso. Es lo que le faltaba: un cadáver. El cadáver del doctor Tomás Aguirre. Pero no, un momento. Por nada del mundo va a darle respiración boca a boca a semejante gordo. No, ni más faltaba. Y, ahora que lo piensa, tampoco quiere avisarle a la azafata que su compañero de silla acaba de morir, porque entonces tendrían que aterrizar en algún otro país (“ladies and gentlemen”, diría el piloto: “some fuckin’ fat man is dead”) y, una vez sobre la tierra, se verían obligados a hacer el levantamiento del cadáver. Y levantar un cadáver gordo, se sabe, es toda una tragedia.

No, no se va a mover. ¿Para qué?, ¿por quién?, ¿no están primero los sagrados intereses generales que los estúpidos intereses personales?, ¿no le gustaría inculcarle a su hija valores como la solidaridad y el respeto por los muertos?, ¿en verdad está muerto? Sí, sí que lo está.

Y, aunque suene mal, va a cubrirlo con tres mantas, se va a poner los audífonos y va a ver una de las películas que ofrecen. ¿Qué más puede decir?, ¿qué más puede hacer?, ¿tiene que hacer lo que harían los demás? Quiere llegar, eso es. Quiere llegar ya. No quiere ni una hora más de vuelo. Por eso va a quedarse callado. Por lo que a él le toca, el gordo seguirá vivo hasta el aeropuerto de El Dorado.

Y no, no es insensible. Es práctico. ¿Para qué enfrentar a la familia del doctor Tomás Aguirre? Tendría que contarles, una y otra vez, sus últimas horas de vida e inventarse unas últimas palabras decorosas. ¿Para qué enfrentar a la futura esposa del gordo? Tendría que decirle, él, Espinosa, que jamás lo conoció, que lo odió por gordo y optimista, que hasta el último momento pronunció su nombre. Perdón, ¿cuál es su nombre?, ¿Sandrine? Sí, ese fue: Sandrine. Lo dijo durante toda la noche. Roncaba y decía ese nombre. Decía ese nombre y roncaba. Se ve que la adoraba, *mademoiselle*.

Ahora: ¿cómo enfrentar a la azafata? Tendrá que pedirle que, para no despertarlo, no le dé la comida a su vecino. Y, Dios mío, ahí viene. Es ella, la azafata, que viene con su lento carrito de metal por el pasillo. Le dice, sin pensarlo dos veces, que el doctor Tomás Aguirre está un poco indispuerto. Y la azafata, sonriente, se aleja por el corredor de caras sin sospechar nada. Espinosa, triunfal, baja el cobertor de la ventana. No sabe cómo, cuándo, ni por qué, pero decide ponerle a Aguirre los audífonos. Lo cubre con las cobijas y le pone la bolsa para el mareo en una mano. Cada vez que la azafata o el azafato se acercan, y ofrecen algo de Duty Free, finge que están conversando. Cada vez que se alejan, le pide a Dios que el martirio se termine. Odia los aviones. Odia volar. Odia cruzar el océano. Y odia, profundamente, al doctor Tomás Aguirre.

El piloto anuncia, unas horas después, que van a llegar a Bogotá. Espinosa le quita la cobija, le pone los zapatos y le arregla la corbata al gordo. Le deja los audífonos y, después de subir el cobertor, lo pone a mirar por la ventana. El avión aterriza y la gente comienza a aplaudir. Es, para el ingeniero Espinosa, el momento más aterrador del vuelo. ¿Por qué? Porque se da cuenta, gracias a las caras de felicidad, de que todos los pasajeros contemplaban la posibilidad de morir. Las luces se encienden y los cinturones de seguridad se desatan. Comienza la llegada.

El ingeniero Espinosa se despide de Aguirre. Le dice “encantado de conocerlo” y se mete a la fuerza en la lenta cola de salida. Avanza por el corredor hasta llegar a los pasillos del aeropuerto. Le devuelve la sonrisa al piloto sudoroso y a la azafata que parece como nueva. Atraviesa los pasillos de metal, les hace a todos un gesto con la mano, como si los conociera. Ve las figuras precolombinas en las paredes y se siente, a pesar de sí mismo, en su casa. Muestra su pasaporte, encuentra su maleta, se salva de la aduana. Sale del aeropuerto, bajo la mirada de fanáticas y familiares, dispuesto a coger un taxi que lo lleve hasta su apartamento. Su esposa se va a sorprender. Puede que se ponga feliz. Uno no sabe.

Está a punto de ser positivo, pero, de entre el panorama de caras, una lo detiene. Es la de un hombre con un letrero que dice “Doctor Tomás Aguirre”. Ese nombre, que había olvidado por unos segundos, lo estremece. ¿Habrá investigación?, ¿algunos policías le harán preguntas?, ¿saldrá en el periódico como un ejemplo de la falta de solidaridad entre los seres humanos? Mira su reloj. Un niño le pregunta a un hombre de bigote si ya pueden ir a la casa. Sí, es una vida dura: hay quienes deben recoger a otros porque sí en el aeropuerto de la noche; hay quienes no han tenido, no tienen y jamás tendrán quién los recoja; hay otros que se mueren en los aviones y algunos que descubren su tragedia.

Espinosa lo piensa dos veces, pero a la tercera, porque no quiere darle la cara a su pequeña familia y no quiere escenas en el apartamento, decide cambiar su vida. Va hasta el hombre del letrero y le dice que él es el doctor Tomás Aguirre. Es un error, a todas luces, pero a él no le importa. Quiere que algo explote. Quiere, por primera vez en su vida, llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias. Al fin y al cabo, ¿qué podría ser peor?, ¿su esposa va a quererlo más que a su pequeña hija?, ¿la niña va a ser una buena persona a pesar del horrible padre que le ha tocado soportar?, ¿alguien va a decirle, de pronto, que grabe un disco con sus canciones?

El chofer lo hace entrar en el carro y lo lleva hasta la ciudad para, en palabras suyas, “entregárselo sano y salvo a los doctores”. A Espinosa se le ocurre, en el interior del automóvil, que tal vez el flan de caramelo estaba envenenado y que, desde ese punto de vista, el gordo habría dado la vida por él. Piensa, de nuevo, que mañana o pasado mañana recibirá una llamada de la policía. Cree que dirá que sí le extrañó que el gordo, Aguirre, no se despidiera de él, pero que lo vio muy bien durante el viaje y pensó que quizás lo mejor era dejarlo dormido. ¿Y por qué se subió al carro del doctor y por qué asumió su identidad? Porque quería hacerle un chiste a su nuevo amigo.

Sí, quizás se lo crean. El problema es, ahora, que han tomado una oscurísima calle de Chapinero. Que el carro, ante la embestida de un par de camionetas, frena de un momento para otro. Que un par de hombres armados se lanzan contra las ventanas y le disparan al conductor. Que, mientras le gritan que lo van a amarrar a un árbol hasta que aprenda a no arrodillarse a las costumbres del imperio y su familia les pague 15 millones de dólares, le vendan los ojos y le amarran las manos.

Él les jura por Dios que se llama Diego Espinosa. Que tiene una esposa y una hijita recién nacida. Que es ingeniero y trabaja en una fábrica de ropa de algodón. Ellos le ordenan que se calle y lo llaman “veneco de mierda”. Y se ríen, entonces, del hombre equivocado.

POR VOS TENGO LA VIDA¹

El profesor Toribio Carrasco va a vivir en carne propia una historia de navidad apenas abra esta página de *El Tiempo*. Tenía que sucederle: es obvio, a simple vista, que es todo un personaje: un hombre largo de 40 años que desde hace 15 dicta la cátedra de Siglo de Oro en la Universidad de Bogotá, a duras penas vive en arriendo en un pequeño apartamento en una esquina de Teusaquillo, y ya no le importa nada de lo malo porque, según me confesó el lunes pasado, hace un año justamente conoció “a la única mujer en el mundo, a Inés, a la que quiero regalarle el soneto V de Garcilaso de la Vega”*. El caso es que Carrasco tiene el inagotable mundo interior de los protagonistas. Y era cuestión de tiempo que le pasara alguna trama fabulosa que a nadie más podría pasarle: el martes 7 de diciembre, cuando ojeó el recibo de su tarjeta de crédito del Banco de Valencia, descubrió que debía 32'472.369 pesos.

Era, por supuesto, un error. El desgarbado profesor Carrasco, un nostálgico de nuestra herencia española que ama la tauromaquia tanto como al Real Madrid, y hasta hace muy

¹ Publicado originalmente en el periódico *El Tiempo* en diciembre de 2010.

poco solo le interesaron las noticias del siglo XVII, ha sostenido en las dos décadas pasadas relaciones más o menos serias con ciertas exalumnas enamoradas de su malestar copiado del Barroco, y lo ha hecho a pesar de su apariencia y de su sueldo: 2'542.896 pesos. Quiero decir que no cabía la menor posibilidad de que le debiera al Banco una cifra como aquella. A no ser que, como se dio cuenta tras la lectura de las treinta y pico páginas del extracto, le estuvieran cobrando los escandalosos regalos de Navidad que les dio –a 24 meses: siempre a 24– a todas las muchachas que en estos años han hecho mutis por el foro de su vida: todo, las joyas de plata, los televisores de pantalla plana, los zapatos de tacón alto, todo estaba ahí.



Amedeo Modigliani, *El joven aprendiz* (1918)

Y era un error. Y esa misma tarde, antes de que la ira de su corazón se le saliera de las manos, llamó a la tal “línea valenciana” de su Banco a decirles que con el debido respeto no fueran tan cabrones.

Tuvo que llamar al día siguiente porque esas consultas debían hacerse “en horas de la mañana”. Se perdió el resto de la semana, en vano, en el laberinto sin salida del conmutador del Banco de Valencia. Su llamada “fue grabada y monitoreada para su seguridad” unas diez veces. Pasó por todas las formas de ser: fue comprensivo, firme y psicopático con esos asesores hastiados de la vida. Lo dijo todo: “yo entiendo que no es culpa suya”, “páseme a alguien que no sea retrasado mental” y “voy a llamar a todos mis amigos para que cancelen sus cuentas”. Y al final de la odisea, sábado 11 de diciembre a las 11 de la noche, cuando la última voz de servicio al cliente le dijo “no sé qué decirle, don Toribio”, reconoció que solo le quedaba quejarse en las oficinas del Banco: no podía ni debía pagar cosas que ya había pagado en el pasado.

No voy a explicar qué hacía yo ahí, porque en verdad no viene al caso, pero fue en esa sala de espera en donde nos encontramos este lunes.

Nos hicieron esperar tanto que nos vimos obligados a hablar. El villancico *Mamá, ¿dónde están los juguetes?*, toda una oda al maltrato infantil, rompió el hielo por nosotros. Yo le confesé que me quedaban pocas horas para escribir un artículo “para un periódico” sobre cómo sobrevivir a la Navidad en tiempos de crisis, y, movido por mi tendencia a evadir las preguntas de quienes quieren conocerme, convertí la conversación en una entrevista. Fue así, gracias a las frases que se le escaparon, como confirmé la sospecha de que el profesor era un personaje: hizo cuentas para probarme que sin la tarjeta no iba a poder comprarle a Inés el regalo más grande que le había dado un hombre a la mujer de su vida, se burló del arbolito decorado por colgandijos con forma de signo pesos, comentó que el nivel de sus alumnos era tan bajo que había tenido que probarles que “por vos he de morir y por vos muero” no era un verso de Juanes.

Carrasco alivió nuestra espera a punta de sentencias: “los puritanos prohibieron la Nochebuena durante siglos porque era demasiado pagana para su gusto”, “Colombia nunca debió independizarse de España”, “hay que odiar a los lampiños”, “nadie debe enamorarse de una mujer que esté en pregrado”, “yo me escondí en el Siglo de Oro hasta que conocí a esta profesora de opinión pública que le digo: a Inés Malagón”, “yo no leí un solo periódico ni voté por nadie ni supe cuál político era cuál hasta que me enamoré de Inés”, “todos los días nos lee en voz alta *El Tiempo*, a su hijita y a mí, con un odio que me da envidia porque es pura pasión”, “voy a darle el mejor regalo que he dado en mi vida porque a ella no la compran ni los tacones ni las pantallas ni las joyas”, “yo no supe por qué una pareja se llama una pareja hasta que la conocí”, “yo, hasta que no di con ella, no entendí de qué hablaban cuando hablaban de destino”.

Y entonces, antes de que dijera la siguiente máxima, un burócrata en mangas de camisa lo llamó para que le contara su caso.

Y así le cayó encima, al entrañable profesor Carrasco, su historia de navidad: por cuenta de un “error del sistema”, por culpa de una falla del banco que más bien parece el giro de un relato fantástico, solo le queda pagar otra vez los regalos que les dio a las mujeres de su pasado. Si no quiere entrar en la lista negra del sistema bancario, le dijo el asesor de cuenta, lo mejor que puede hacer es resignarse a entregarles ese dinero de nuevo mes por mes. Claro que renegó. Claro que pataleó. Por supuesto que, después de reconocer en voz

alta “no puedo probarles que ya pagué todo”, llamó perversos, ladrones, extorsionistas a los dueños invisibles del Banco de Valencia. Perturbado, a punto de botar la puerta como un adolescente que imagina que les machuca los dedos a sus padres, me balbuceó que no sabía a dónde ir. Rompió en pedazos la tarjeta de crédito. Y echó a la caneca ese extracto que era como un álbum de las fotos malas.

“Quería poner un aviso en el periódico con el soneto V de Garcilaso”, me confesó, con los ojos aguados, antes de dejar la sala. “Quería que en la mitad de las columnas de noticias, en su pelea a muerte de todos los días, a Inés se le apareciera el verso que no le he dicho a nadie nunca: *por vos nací, por vos tengo la vida*”. Después iba a proponerle matrimonio.

Así que aquí está el verso, profesor, aquí está el soneto como una prueba de que ella es su destino. Yo sé que Inés, cuando lo lea, va a concederle su mano. Yo le juro que Inés, cuando lo vea, hará un final feliz.

*Soneto V de Garcilaso de la Vega
De Toribio Carrasco para Inés Malagón

Escrito está en mi alma vuestro gesto
y cuanto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo escribisteis, yo lo leo
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

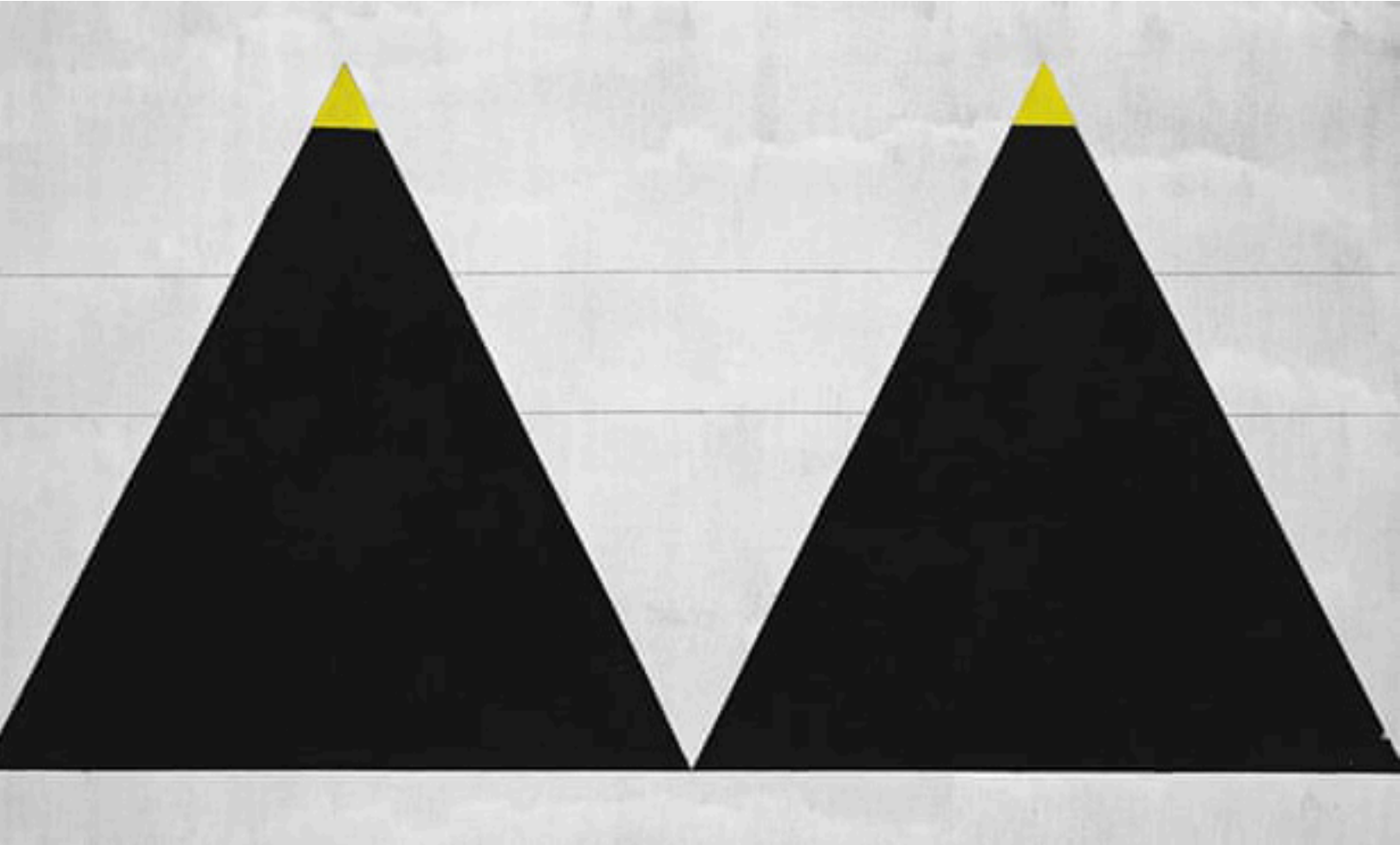
En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero;

cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero.

Arte en la U

UN CUENTO Y CUATRO POEMAS DE RLNDT



Agnes Martin, *Sin título#1*, 2003

MARTICA ALIMAÑA

El mejor momento de mi vida fue cuando tuve sexo con Clemencia Tariffa. A veces me acuerdo de eso y me tiembla todo. Obviamente en ese momento no tenía ni idea —y ella tampoco— de la poeta en la que se iba a convertir. Clemencia y yo éramos amigas. Éramos tan amigas que cuando a Clemencia le daban sus ataques de epilepsia, yo la acompañaba y le decía: *si sientes que te va a dar un ataque, me avisas, y nos tiramos juntas a temblar*. Íbamos a la tienda y nos robábamos cualquier bocadillo, panes, dulces y todo lo que veíamos mal parqueado. Ambas escribíamos poemas. En Bunt nos decían las Rimbaud y Verlaine de Barranquilla. Nos cagábamos de la risa cuando nos decían eso. De hecho, cualquier huevona nos daba risa.

- *¿Te acuerdas cuando caminábamos por el barrio y jugábamos a la lleva?* Me pregunta Clemencia un día que estábamos sentadas en las bancas del parque Los fundadores.
 - *Me acuerdo de que siempre me caía sola. Me raspé muchas veces.*
 - *Eras una niña muy pendeja.*
- Risas.

Nunca me interesó tener el mejor cuerpo o tener muchas parejas. A mí solo me importaba tener una existencia desordenada. Por eso iba mucho a La Troja. Yo no bailaba muy bien, pero iba tanto que empecé a tener amistades por ahí. A Clemencia no le gustaba La Troja, yo tenía que obligarla a ir. Antes de ir a La Troja íbamos a Bunt. Lo que me gustaba de Bunt era que tenía un patio grande donde hacían recitales de poesía todos los viernes. Ahí siempre estábamos Clemencia y yo, y claro, antes de llegar nos emborrachábamos con cualquier ron barato. Declamábamos nuestros poemas con una borrachera que de vaina podíamos mantenernos en pie. Había gente que se reía de nosotras, les parecíamos unas pendejas; otra gente se asustaba y otros se iban del bar. De cualquier manera provocábamos incertidumbre en la gente. Nos gustaba esa sensación. Recuerdo que insultábamos a los mansitos que se subían a declamar simplemente para hacer *la pose del poeta*. Clemencia y yo gritábamos: *cállate maricón*. Y los tipos hacían como que no escuchaban, pero sabíamos que les dañábamos su ratico de fama. No entiendo cómo nunca nos echaron de Bunt, y si nos echaron alguna vez, no lo recuerdo.

En La Troja fue donde me cambiaron el nombre. No me di cuenta en qué momento dejé de llamarme María y empecé a ser *Martica Alimaña*. Nunca me opuse a ese sobrenombre. Tenía una sonoridad que me gustaba. Me daba fuerza. Si me sentía mareada de tanto alcohol y me decían: *¿Martica Alimaña ya te volviste mondá?* Yo respondía: *¡pff, ahora viene lo bueno*. Entonces se me levantaban los ánimos y bailaba. Le dije a todo el mundo que ya no me dijeran *María* o *Mary*. Ahora todos me tenían que decir *Martica Alimaña*. También me gustaba que me dijeran Ali.

- *Martica, ¿cuántas veces te caíste hoy?*, me preguntaba Alberto. Su pregunta era a manera de burla. Ese hijueputa siempre se reía porque yo bailaba muy mal.

- *Mira malparido, ¿si no te gusta cómo bailo... te puedes ir a la mierda!* Recuerdo que varias veces le respondía con eso, o le decía: *¿si no te gusta cómo bailo, no me veas!*

Yo era una muchacha alzada y nadie me metía miedo. En esas épocas estar borracha era esencial, escribir poemas era esencial, bailar con extrañas y con extraños era esencial, mecarme en la hamaca era esencial. Si por algún motivo me estresaba, la solución era prepararme un jugo de tomate de árbol y sentarme en la mecedora a leer los poemas de mi amiga Clemencia. Eso me calmaba. Ahora soy una vieja. Pero para ser vieja soy bastante hijueputa. Por eso tengo el garbo para mentarle la madre a quien sea. Soy tan vieja que prefiero seguir hablando de mis épocas de muchachita.

Cuando a mí se me daba la gana de que algún mansito se me acercara, yo simplemente me quedaba sentada y jugaba con la falda y el cabello. A Clemencia no le gustaba eso. Clemencia me decía que eso se veía muy de perra. Yo le decía que más perra era ella pensando eso. Muchas veces peleábamos por esas cosas. Pero siempre volvíamos a hablarnos. Nos amábamos bastante. Me duele que hace rato no sé nada de ella.

No recuerdo muy bien mi vida como hija. Quizá porque nunca le presté mucha atención a ser una buena hija. Ni siquiera me sentía “hija” de algo o alguien. He tenido una vida bastante panteísta. Tampoco le prestaba atención a tener obligaciones como ser una estudiante de altas calificaciones y llegar a ser una profesional preparada. Todo eso lo mandé al carajo. Mis preocupaciones eran estar lo suficientemente borracha para escribir poemas y coquetear con los manes de Bunt y La Troja.

- *Ali, ¿así es como quieres que te diga ahora?, ¿cierto?* Me pregunta mi mamá toda preocupada. Estamos en la sala de la casa y yo estoy desayunando mis cereales.
- *Sí, mami.*
- *¿De dónde salió ese nombre?*
- *No sé. Solo sé que hay una canción que se llama Juanito Alimaña. Creo que viene de ahí.*

Es todo tan chistoso cuando lo recuerdas muchos años después. Ahora estoy sentada en la mecedora. Hoy la terraza parece que me quiere atrapar en el tiempo. Ojalá me deje atrapada en esos tiempos. Quiero dejar de estar arrugada por un momento. Quiero tener un poquito más de fuerza y bailar hasta caerme.

Me acuerdo cuando conocí a Aníbal. Ese día él se cayó de un árbol. Estaba en el parque de Los Caminantes. Andaba de pendejo encaramado en el paloemango más grande. Entonces se enmierdó, y casi se jode la pierna. Solamente se alcanzó a fracturar el peroné. Yo pasé en el preciso momento en que se cayó. Recuerdo que el muy pendejo estaba en el suelo con el mango en la boca.

- *Primero me jodo yo antes que se joda el mango.* Fue lo primero que dijo apenas me vio. Lo ayudé a levantarse.
- *Jueputa mango casi no lo alcanzo.* Decía y su voz jadeaba de dolor. Yo me le acerqué; y sin saber por qué le hablé como si lo conociera.

- *Mira loquito, casi te matas. Tienes la pierna toda doblada.* Intenté ayudarlo a ponerse en pie. Pero me interrumpió.
- *Tranquila. Más bien tenme la cámara, por favor.*

Yo iba a encontrarme con un tipo que conocí en Bunt. Pero la caída de Aníbal fue tan chistosa —aunque en ese momento no lo vi así— que lo ayudé y olvidé mi cita. Entonces fuimos al hospital. Lo más chistoso fue cuando llegamos y el médico le dijo:

- *¿Otra vez tú?, ¿cuántas veces vas a seguir jodiéndote pendejamente?*
- *Póngame el yeso y ya.* Le dijo Aníbal con cara de decepción.

Lo enyesaron. Salimos del hospital. Luego hablamos un rato. Era un tipo interesante, le gustaba mucho la fotografía. Para tomar fotos siempre se encaramaba en algún árbol, eso era un ritual para él. Tomaba fotos de la gente, de los animales, del cielo, de cualquier cosa que veía y le gustaba. Me dijo que no era la primera vez que se caía de un árbol. Se había caído unas 18 veces, sin contar las veces que se cayó cuando era niño. Me mostró sus cicatrices. Curiosamente nunca caía mientras tomaba fotos. Siempre caía cuando cogía mangos.

- *No sé. Yo creo que me enmierdo porque me concentro más en los mangos que en mí mismo.* Me decía Aníbal mientras pelaba un mango.

Entonces me hice amiga de él. Era un tipo muy chistoso. Siempre cargaba con dos o tres tabacos de marihuana en sus bolsillos. Durante los años que compartimos juntos, fumé marihuana con mucha frecuencia. Nuestra amistad era muy chévere. Leer a Andrés Caicedo y fumar marihuana. Cine de Godard y fumar marihuana. Tomar fotos en el parque de Los Caminantes y fumar marihuana, y así por mucho tiempo. Le presenté a Clemencia y nos hicimos amigos los tres. Clemencia, en esos momentos, estaba tratando de controlar sus ataques de epilepsia. Aníbal le daba marihuana porque sabía que podía ayudarla con su enfermedad. Aníbal se empezó a juntar con nosotras y nos acompañaba a Bunt. Nosotras leíamos poemas y él tomaba fotos, buscaba algún árbol donde pudiera encaramarse y encontrar el plano perfecto. Luego íbamos a La Troja y mientras todos bailaban él tomaba fotos. Si Aníbal no estaba tomando fotos, estaba comiendo mango o fumando marihuana. El loco de Aníbal siempre buscaba algún paloemango, se encaramaba y arrancaba los mangos. Nunca cogía los mangos por su madurez o su textura, sino por lo alejados que estuvieran. Entre más se encaramaba más feliz era, y si se volvía a caer, ya estaba acostumbrado a joderse el cuerpo.

- *¿A ese man qué le pasa?* Era la pregunta que siempre me hacían en Bunt cuando lo veían trepándose en el árbol del bar.
- *Pues tú estás declamando poemas estúpidos. Eso es peor que coger mangos.* Respondía yo defendiendo a mi amigo.

Mi mamá no gustaba de Aníbal. De hecho, mi mamá no gustaba de ninguna de mis amistades, y me hablaba mal de ellos. Siempre intentaba apartarme de personas que ella consideraba *no me iban a traer beneficio*. Por ejemplo, de Clemencia decía que su epilepsia

se debía a que no se sabía *el padrenuestro ni el avemaría*. A decir verdad, yo tampoco me sabía ninguna de esas oraciones, y ahora, con esta edad, menos. De Aníbal decía que su afán por treparse en los árboles, tomar fotos y agarrar mangos, se debía a que él nunca tuvo unos papás que le pusieran su *tatequieta*. Siempre me emputaba cuando mi mamá me ponía mis *tatequieta*. Eso nunca me dejó pintar las paredes, andar encuera por la casa, decir vulgaridades, ni siquiera me dejaba robarle panes al cachaco de la tienda.

A Aníbal lo veo de vez en cuando. Está viviendo en una casa cerca de una playa, que no recuerdo cómo se llama. Aunque Aníbal ya debe estar bastante viejo, estoy segura de que sigue trepándose en los árboles, cogiendo mangos y tomando fotos. Quién sabe cuántas veces más se habrá caído de los árboles. Quizá ahora mismo esté en algún árbol. Quizá ahora mismo se esté cayendo de algún árbol. Voy a ir a su casa en estos días. Me hace falta comer mangos y fumar marihuana.

No sé qué hago pendejeando en la terraza. Mejor me preparo un poco de café, o voy un momento al patio. No, no, no, ya sé qué tengo que hacer... ya va siendo hora de darle agua a las gatas. Maldito cuerpo este me pesa bastante. Pero claro, cómo no me va a pesar, si antes de ir a Bunt me comía una carimañola de carne y luego en La Troja comía empanadas y tomaba cerveza y comía empanadas y tomaba cerveza. Creo que gracias a las empanadas y a las cervezas se me adelantó la artrosis. Pero, qué carajo. Voy a comerme una empanada de carne y la bajaré con una cerveza para recordar esos días.

No recuerdo cómo terminé en este pueblo. Aquí poca gente me conoce. Lo cual me importa un carajo. Mientras tenga una hamaca y una mecedora, todo está bien. Sin embargo, estoy llena de nostalgia. Mis ojos siempre tienen ganas de llorar, pero nunca lloro. No sé por qué me pasa eso. La última vez que lloré fue cuando Gabriela tocó un nocturno de Chopin —que ya no recuerdo cuál era—. Estábamos en el patio. Recién me levantaba. En esos días Gabriela tendría unos 14 años.

- *Mami, ya me aprendí una canción*. Me dijo Gabriela mientras yo preparaba el tinto.
- *Vamos a ver si esa plata de Bellas Artes no se perdió*.

El curso de Bellas Artes se lo pagué con una plata *de Tiempo de leer pendejadas*. Mi primer libro de poemas. Tenía 25 poemas y se vendió medianamente bien.

Recuerdo que apenas tocó la segunda tecla mis ojos estaban derramando lágrimas. Ese día lloré bastante. Lloré tanto que el cuerpo me empezó a temblar. Me tiré al suelo. Me restregaba las manos por la cara y me jalé el pelo. ¿Qué carajos significaban esas lágrimas?, ¿y esa tirada al suelo?, ¿y esa desesperación? Creo que nunca había escuchado ese nocturno. Es más... nunca le había prestado atención a Chopin. Mis pianistas favoritos siempre fueron Debussy y Erik Satie. Las Gymnopedies eran como una especie de ansiolítico: me endulzaban la locura y me dopaban la euforia. Escuchaba a Satie para dormir o para escribir poemas. El Claro de Luna de Debussy lo escuchaba cuando quería emborracharme sola. Esos dos pianistas transgredían mi existencia y me ponían nostálgica. A pesar de eso, nunca me hicieron llorar, como sí lo hizo ese nocturno de Chopin. ¿Será que fue el hecho de que mi hija de 14 años estaba tocando esa pieza? No creo, porque yo había escuchado a Gabriela cantarme canciones de Mercedes Sosa, y si acaso una sonrisa me sacaba. No sé qué me habrá pasado. Por más que leía a Jung sobre el Sí-mismo. Por más que mi mente volvía a ese momento, nunca he podido entender a qué se debía ese llanto tan fuerte. Quizá era

un llanto por la ausencia de algo o de alguien. Para esas épocas tenía bastante tiempo que no sabía nada de Clemencia. La extrañaba mucho. Pero eso no me hacía explicar el llanto, yo nunca lloraba así por nadie. Bueno, me toca mandar eso al carajo. Maldito llanto ese. Maldito llanto ese. Maldito llanto ese. Diez mil veces hijueputa ese llanto. Ya no importa. A esta edad me resigné. Nunca sabré el porqué de ese llanto. Me toca conformarme con la catarsis y el vaso de agua que Gabriela me dio para calmarme.

El pueblo. La casa. Yo. Solo tengo ganas de hablar con mis gatas. Cuando las veo el tiempo muere, también muere mi cuerpo. No me queda mucho por hacer, y eso me gusta, así no me preocupo por nada. Ya no me doy cuenta de muchas cosas, ni de la tristeza, ni de lo que pasa con el mundo. Todo me parece inútil. Mi vida es la mecedora, la hamaca y mis gatas. Hace muchos años dejé de escribir poemas. Cuando me alejé de Clemencia me fui alejando de la poesía. En estos últimos años me he dado cuenta de lo estúpido que es escribir poemas. También me he dado cuenta de que mis poemas eran muy malos. Si fuera por mí quemaría mis libros y las personas que los han leído. Mis piernas son lentas y mis brazos pesan. Me tomo un café y pongo la radio. Sintonizo una emisora en la que ponen jazz y salsa. Hoy hay un especial de Ismael Rivera. Lo escucho y su voz me lleva a La Troja. Su voz sabe a las cervezas de un litro que me tomaba para poder bailar bien. Me recuerda el sonido reventado de La Troja. Ese sonido era tan fuerte que me partía los tímpanos. Quizá por eso hoy en día soy tan sorda. Ismael canta: *Se me hace difícil expresar mis sentimientos, a mí se me hace difícil expresar mis sentimientos, pero eres tú mami linda lo único que yo tengo, pero eres tú lo único que yo tengo.* Qué voz la que tenía este tipo. Me dan ganas de bailar, pero apenas puedo mover los dedos. Maldita artrosis esta.

Soy la vieja del pueblo que está en la terraza con su mecedora. Tengo una cara decrepita que destila odio. Muchos disgustan del odio, pero el odio tiene su belleza. Ya van varios años desde que llegué y las personas me siguen mirando como diciendo: ¿esta vieja cómo llegó acá?, ¿de quién es hija? En este pueblo la gente se la pasa peleando y mentándose la madre. Eso me gusta. Ver al mundo volverse mierda me pone contenta.

Apago la radio y me asomo en la terraza. Necesito ver si hay algún mierdero por ahí. Algún mierdero que me distraiga y me saque una sonrisa. Veo a Guille y los viejitos de la otra cuadra jugando dominó.

- *Mira hijueputa... si a mí no se me da la gana de poner esa ficha, no la pongo.* Le dice Guille al marido de Alfonsina.
- *Juega como varón. Malparido.*
- *Si van a darse trompá, háganlo rápido, que ahorita tengo que cobrar una plata.* Les gritaba otra vecina que era más chismosa que yo.

Es bonito cuando la gente se comparte sus infiernos. Es bonito cuando de una situación serena aparecen sangre y muertos. Darle diversión a una viejita es una obra de caridad, y eso es lo que hace la gente del pueblo cuando se putean. Yo puteo a la gente para sentirme viva. Por eso me la paso en la terraza.

De repente, Guille le pega una trompá en la cara al marido de Alfonsina. Puños. Puños. Puños. Se dicen Malparido Hijueputa La tuya Maricón. Se mete el hijo de Alfonsina. Se mete la hija de Guille con un machete. Hay machetazos. Hay pelea. Hay mierdero. Hay vida. Me río. Me pongo contenta. Ojalá se terminen matando. Ojalá se terminen matando.

Gritos. Puños. Amenazas. Ojalá se terminen matando. No se matan. Siempre es la misma huevonada. Nunca se matan. A las dos horas están jugando dominó como si nada. Como si estar a punto de matarse fuera parte de su rutina. Qué bella esta bipolaridad.

Ha pasado tanto tiempo desde que no veo a mis hijas. Creo que están muertas. Hace rato perdí la sensibilidad con las personas y eso incluye a mis hijas. Solo tengo recuerdos de haber sido joven. Tengo recuerdos de tener energía para emborracharme 5 días de seguidos y tener bastante sexo. Yo tenía sexo con lo que se me atravesaba. Siempre que quise tuve sexo. Con quien más disfruté fue con Clemencia. No recuerdo cuál fue el último polvo, ni tampoco cuál fue el primero. Pero me tiembla todo cuando la recuerdo.

Ahora solo guardo energías para mentarle la madre a algún hijueputa o a alguna malparida. No me quedan energías para más nada, ni para barrer la terraza. La tengo llena de mugre. Tengo la terraza llena de hojas. Pero eso me gusta. Me gustan las hojas que están tiradas en la terraza. Siento que esas hojas me soban los pies cuando camino. No me interesa tener una casa limpia y bonita. Me interesa estar tranquila. Me interesa tener un lugar donde reírme cuando recuerde mis orgasmos. Me interesa tener mis libros de Clemencia cerca de mi mecedora. Me interesa tomar agua cuando se me antoje. Me interesa tomar café. Me interesa tomar whisky. Sobre todo, me interesa no morirme en paz. Me interesa morirme con la existencia desordenada.

POEMAS PENDEJOS

me voy a tomar mi sangre
como si fuera jugo de corozo
y si la siento simple
le echaré azúcar

me voy a rayar las piernas
como si fueran queso
y si la embarro
le pediré ayuda a mi abuela

me voy a sudar los ojos
de tanto picar cebolla
y si me corto
me sembraré un limón

me voy a exprimir los huevos
como si fueran naranjas
y el jugo
lo echaré en tus tetas

me voy a arrancar la piel
como si fuera una cáscara de piña
para licuarla
y hacerme una chicha

me voy a cortar los dedos
como si fueran papel
para quemarlos
y no escribir
estos poemas
tan pendejos

EL CONDUCTOR

choco los carros a propósito
para decirles lo hijueputas que son

los choco
para que se despierten
y mentarles la madre

quiero chocarlos
para que se avispen
que se vuelvan avispas
y se piquen a sí mismos

que se vuelvan otra cosa menos inútil

manejo por estas calles de semen
chorreadas por el sexo de las llantas

voy manejando y veo muertos
y los que no están muertos
me dan ganas de matarlos

son tan estúpidos
que leen los periódicos
y se lo creen todo

me río
me río
me río
me cago de la risa

voy manejando y los veo
parecen un pogo de uribistas
parecen una marcha de libros sin hojas

desesperan
desesperan como tener un bareto y no encontrar la mechera
desesperan
desesperan como el discurso de un político

a la calle
le sobran personas
y le faltan ratones

voy manejando y los veo
tienen la cabeza vuelta mierda
sus cerebros son lechugas podridas

se tragan feiq nius
y las bajan con juguito de posverdades

se hacen los tristes con los muertos de las 7pm
pero no se dan cuenta de las fosas comunes que tienen en sus narices

no le venden el alma al diablo
pero sí a los bancos

le rezan a un dios
que les sirve para matar y para reír

me dan tanto asco que mejor me detengo
¿qué será mejor?
¿volverme mango o tomate de árbol?

ESCRIBO

escribo a las gordas que sudan en la cama
a las hojas de plátano que guardamos en el bolsillo
al ron que vomitamos todas las mañanas
después de haber bailado como micos

le escribo al vaso de agua
que me hace sonreír el estómago

al empute del sol
que me hace sudar las manos

le escribo a las miradas
hediondas de tuitter y feisbuc
a los empujones
que nos damos en los buses
a las hormigas
que se asustan con nuestros pasos
a la bulla de los carros

le escribo a la mentira que somos
y a la mentira que quisiéramos ser

veo a la muerte
—a la que también le escribo—
comiendo arroz
partiendo la carne con finura
la muerte se viste
sale de su casa
y encuentra a sus víctimas en el periódico

le escribo a los árboles de manos largas
a los árboles de manos cortas
a los tristes mangos que caen
sin ser noticia

al abanico que gira y nos quiere decir algo
al techo que nos quiere caer encima y abrazarnos
le escribo al olor de bazuco de los libros
a la charla con el espejo
a la cerveza que nos vuelve canciones
a la guitarra que se partió
a las serpientes que bailan
todos los fines de semana

se puede escribir
o quedarse sentado

PODRÍA PASAR

siéntate en una silla de tomate de árbol
y te vas a sentir jugo

nada desnudo en el mar
y serás sudor

acuéstate con unas granadillas
y vas a cagar semillas

juega dominó con un niño de 6 años
y serás un doble seis

ten sexo con una guayaba
y serás un bocadillo

si nada de esto pasa
lee otro poema

CASEDAD

Por Omar Barboza Camargo

Sentir, por primera vez, el peso de las paredes
Conocer a mis padres, darme cuenta de que no se aman
Hablarle al espejo, cuando no al computador
Viajar en los cuadros
Abrazar mi almohada y manosear mi ducha
—prohibidas las personas—
Hacerme amigo de los platos y la escoba
Trotar sobre las baldosas
Querer tener un patio
Seguir el conteo en el televisor
—escasas las personas—
Pelear con los muebles
Encarar la gotera
Hacerle guerra a las hormigas
—o seguirles el paso—
Desgastar las chancletas
Ver envejecer mis jeans
Besuquear la ventana
Cerrar la puerta
Pensar que estoy a salvo
mientras el tiempo
—más abstracto que nunca—
me consume

ESCRITURA ABIERTA

Por Federico Guillermo Serrano López

Quiero defender el goce de leer sin tener que hacer un enorme esfuerzo por entender lo que se lee; quiero defender el goce de tener una experiencia de lectura fluida, que no se vea constantemente interrumpida por la violencia de un lenguaje especializado; quiero defender escribir con la inspiración de las ideas, y no la de las imposturas sociales de la escritura en la academia y en el mundo intelectual.

Para bien y para mal, en lo que acabo de decir hay cosas sobre las que hay que pensar: el goce de entender lo que se lee al parecer no es una cosa espontánea, sino muy entrenada, y ese entrenamiento ha consistido en enfrentarse con muchísimos modos de usar el lenguaje y acostumbrarse a ellos. De manera que el mismo modo de entender y de expresarme fue hecho posible gracias al modo de escribir que rechazo. Además, está el evidente problema de que soy yo quien aquí juzga qué es amanerado o especializado en la escritura, y ese juicio personal está formado, pero también corrompido, por mis hábitos intelectuales.

Sin embargo, dejando momentáneamente de lado estos problemas, el punto que deseo tratar es el del goce de entender, sobre el cual deseo ir más a fondo. ¿Cómo se goza entendiendo? En mi caso, eso ciertamente sucede. Quiero decir que siento auténtico placer en entender asuntos, y aunque hay goce en el *juego de entender*, también hay goce en la experiencia de que *se abra el sentido*, que son dos cosas distintas, a pesar de que están muy relacionadas.

Con lo del *juego de entender* me refiero a que gozo jugando el juego que los autores proponen en sus escritos, si logro seguirlo, incluso aunque ese juego a veces sea muy difícil. Es un juego parecido a hacer rompecabezas en el sentido que se juntan piezas para alcanzar la visualización de una unidad. Es gozoso, por ejemplo, reconstruir un texto complejo como si se tratara de un proyecto arquitectónico en el que se estudia la estructura que sostiene el “edificio” y, con esfuerzo, se adquiere noción sobre la función de las partes y los estadios por los que pasa la “construcción”. Ese gozo del juego, sin embargo, tiene algo de reto y competencia que despierta algunas sospechas sobre la vana motivación del lector de “lograr entender”.

Por otro lado, como decía, hay gozo en que *se abra el sentido* por medio de un escrito, que consiste en la experiencia de ver en una imagen a plenitud algo, y que esa imagen haga estallar muchas dimensiones del pensamiento. Dije con ligereza ver una imagen, cuando es una experiencia que no es propiamente ver u oír, sino que es la suma de esas experiencias sensoriales y de otras cosas que están allí, pero que no son imagen, sonido, sino unas vivencias bastante opacas contenidas en la palabra ‘sensación’. Para nuestro caso, basta con decir que hay gozo en tener sensaciones señaladas en los textos y creadas por ellos.

Finalmente, es cierto que en muchos casos solo se logrará que *se abra el sentido si se ha jugado el juego de entender*, y que tanto una como la otra cosa llevan por sí mismas a modos

de escritura que no solo son complejos, sino que, en ocasiones, son inaccesibles y se hallan en las antípodas de una lectura que no se vea, como decía arriba, interrumpida por la violencia de un lenguaje especializado. De hecho, con las palabras en *itálicas*, estoy haciendo un gesto de especialización del lenguaje, y estoy poniendo al lector en el estrés del que quiero alejarlo en la teoría.

Adicionalmente, en la descripción que aquí se hace del gozo de entender hacen falta los casos, que son muchos y muy importantes, en los que curiosamente se goza de no entender, cuando el texto está cerrado por completo porque el autor no nos ha dado pistas para jugar el juego de la comprensión, y el sentido solo se intuye y no podemos decir que se abre, como sucede con algunos de los fragmentos de autores antiguos (y actuales) y en muchos poemas de todas las épocas. Me refiero a esos casos en los que en el escrito se sugiere mucho, se dan pistas, pero no se dice algo transparente y específico, y es claro que el autor no está planteando un mero juego de adivinanzas, sino que está dejando estas huellas como único medio para acceder al asunto del que se trata.

Parece entonces que en el halago de la escritura abierta he terminado haciendo lo contrario: la apología de la escritura hermética. Pues no es eso lo que deseo hacer, sino que con lo que he señalado antes puede quedar claro que *no es en absoluto necesario hacer difíciles los temas más de lo que ellos mismos son*, pues el lugar donde encuentro el goce está en la comprensión, en el flujo, en el sentido que explota en y frente a mí. Y ello, aunque admita que también se puede gozar del enigma o la huella que apenas insinúa el sentido, sin hacerlo nunca manifiesto, cuando ese es el único camino para seguir pensando.

Sin embargo, hay otro problema que me parece más del escritor que del lector. Por más claro que intente escribir, por más esfuerzo que haga en que el sentido esté abierto, sin agendas sociales ni afectaciones académicas o eruditas, siempre queda la sensación de que no se ha dicho exactamente lo que se quería decir, de que se ha dicho algo que no se pretendía decir y no se ha dicho algo esencial. De modo que el escritor termina haciendo enormes esfuerzos por aclarar, por distinguir y precisar; esfuerzos que a su vez llevan a tener que precisar las precisiones y aclarar las aclaraciones. La salida de este hueco tal vez está en no querer controlar el sentido del texto, en tener confianza en que se hizo tan claro como era posible cuando se escribió, con la seguridad de que siempre va a existir la posibilidad de que se entienda algo diferente a lo que se quería decir, y la seguridad de que, al volverlo a leer, el escritor sentirá que pudo haberlo hecho mejor.

Tal vez con todo esto llego a lo que en el fondo quería decir. Tal vez lo que quiero defender es que es posible una cultura, un hábito de la lectura y la escritura en la que se puede abordar cualquier cosa, la más complicada y entreverada, con la disposición de abrirla al lenguaje hasta donde esa apertura sea posible con las palabras que se usan cotidianamente. Tal vez ese hábito permitiría que más personas valoraran el esfuerzo por pensar hasta las últimas consecuencias, por enfrentar la singularidad de las sensaciones, por hacer frente a la complejidad de los fenómenos, y participarían en la conversación. Tal vez esa cultura ayudaría a disminuir la brecha clasista y odiosa del lenguaje culto y el lenguaje ordinario, y disminuiría la angustia y la autocensura que para muchas personas representan los temas “cultos” y “elevados”. Esa cultura pretendería desactivar la cultura contraria, que es predominante en nuestro mundo: la que hace del saber una ventaja competitiva, cuando no un arma. Esta última cultura destruye de facto la posibilidad de la democracia al instaurar temas de los que solo unos pocos pueden hablar, y otros, igual de pocos, entenderles. A lo que

se suma el hecho de que esos que hablan y entienden han sido desde siempre privilegiados, y son muy hábiles para lograr que sus intereses sean mejor atendidos.

Sostengo, además, que el cacareo constante acerca de que la mayoría de las personas son analfabetas funcionales en el fondo depende precisamente del hecho de que la cultura del saber como ventaja está omnipresente en el sistema de educación, y con su pretenciosidad y oscuridad ha alejado a muchas personas del gozo de entender lo que se lee o no les ha dado nunca experiencias felices para experimentarlo. No creo que se necesiten esfuerzos pedagógicos extraordinarios para que a la gente le guste leer, es suficiente con enfrentar a los niños y a los adultos a textos generosos y abiertos. Y si, como resultado de la claridad, hay gozo, la gente por sí misma seguirá leyendo. De modo que esa cultura de la escritura abierta facilitaría por sí misma el entrenamiento para que las personas comunes y corrientes se animen a enfrentar los temas que por su complejidad deben tratarse con elaboraciones conceptuales densas.

La cultura de la escritura abierta haría posible, finalmente, una mayor disposición a la comunicación entre las personas, no solo porque facilitaría entender lo que los otros dicen, sino porque el hábito de la claridad implicaría por sí mismo la disposición a escuchar, a buscar el sentido de lo dicho, a entender desde dónde se dice y quién lo dice.

Colaboradores



NICOLÁS BARBOSA
(DESDE BOGOTÁ)

Literato de la Universidad de los Andes y candidato al PhD en Literatura Portuguesa y Brasileña de Brown University, programa del cual también tiene una maestría. En el último año trabajó para las Embajadas de Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia como líder de proyecto de los países nórdicos, invitado de honor a la Feria Internacional del Libro de Bogotá (FILBo) 2020. Fue consultor cultural de los Países Bajos, invitado de honor a la FILBo 2016. Desde 2013, Nicolás ha sido traductor del portugués e inglés para varias editoriales hispanoamericanas, con más de 20 traducciones publicadas y ediciones bilingües de novela, poesía, teatro y literatura infantil. En los últimos años, ha formado parte de uno de los equipos que ha editado manuscritos inéditos del archivo del escritor Fernando Pessoa, y ha enfocado su investigación doctoral en la relación entre el teatro y la poesía a comienzos del siglo XX en Portugal y América Latina.



CAROLINA URUETA
(DESDE BOGOTÁ)

Diseñadora, ilustradora y artista barranquillera. Su trabajo ha sido publicado en medios como El Colombiano, Revista Semana, El Espectador, Cromos, Cartel Urbano y Sentiido. Ha colaborado con colectivos y organizaciones como la Red Comunitaria Trans de Bogotá y Colombia Diversa. Utiliza la ilustración para retratar y visibilizar las diferentes luchas propias de grupos minoritarios, por lo que su trabajo se asocia con activismo antirracista, de igualdad de género y por los derechos LGBT+. Sus piezas han sido expuestas en diferentes espacios culturales como el Festival Latinidades, el Museo Histórico de Cartagena, BOGOSHORTS, Salón Comunal y Casa Tinta junto a la Alianza de Ilustradores Colombianos. Actualmente vive en Bogotá con su gato Misterio.



DAVID ANDRÉS MARTÍNEZ HOUGHTON
(DESDE BARRANQUILLA)

Profesor de tiempo completo en la Universidad del Norte, Barranquilla. Titular de la cátedra “Música y Cultura: del rock a la electrónica” y del curso de literatura latinoamericana “Taller de Letras I” en el programa de Lenguas Modernas y Cultura. Estudiante de cuarto año del PhD. en Literatura y Cultura Hispanoamericana de la Université de Poitiers, Francia. Magíster en Literatura de la Universidad Javeriana de Bogotá y Profesional en Ciencias Sociales de la Universidad del Tolima. Investigador de temas relacionados con música popular y su relación con la cultura y la literatura. Realizador de la franja de rock de la emisora Uninorte FM Estéreo. Escribe sobre música y algunos de esos textos han aparecido en revistas y diarios colombianos como *El Espectador* y *Arcadia*.

Portafolio: <https://davidmhoughton.journoportfolio.com/>



ALEXANDRA ESPINOSA
(DESDE BOGOTÁ)

Algunos textos y poemas han aparecido en las antologías de cuento y poesía: *La Cueva por Colombia* (2014), *1.000 millones Poesía en lengua española del siglo XXI* (Rosario, 2015), *Pasarás de Moda* (Editorial Montea, 2017) y *Ventre de Luz/Ventre de Lumière* (Uniediciones-Ladrones del tiempo, 2017), la selección de textos y poemas "Ciencias Blandas" aparece en la segunda edición del fanzine *Impertinencia de Todo* (Editorial Culo de Guayabo, 2018) y otros textos aparecen en la antología de poesía colombiana reciente *Paisaje inacabado* (La Pájara Pinta, 2020). Escribe en el blog *Efervescer*.



JULIÁN CARIDI
(DESDE NUEVA YORK)

Fotografía de Jacob Wayler

Recibió su diploma en Comunicaciones (2016) del Champlain College en Vermont, Estados Unidos. Actualmente vive y trabaja en la ciudad de Nueva York, donde se dedica a la pintura abstracta. Su trabajo refleja un interés en la memoria y la noción no lineal del tiempo: el presente, el pasado y el futuro se funden en la línea de sus pinturas. Cada pieza es la manifestación de sus experiencias y relaciones con los demás y consigo mismo, realizada con la urgencia del ahora. Ciertos símbolos recurrentes de su obra —como el corazón, el círculo y la flor— evolucionan constantemente, no solo en lo visual, sino también porque adquieren significados diversos según cada creación. Además de su uso de materiales mixtos y técnicas autodidactas, Julián utiliza los títulos de sus cuadros para dar una dimensión adicional a sus piezas. A través del color y el texto invita al espectador a mirar dentro de sí mismo, a encontrar su propia verdad, aunque sea solo por un instante.



JOEL KLAHR
(DESDE BOGOTÁ)

Médico y psiquiatra de la Pontificia Universidad Javeriana y candidato a psicoanalista de la Sociedad Psicoanalítica Freudiana de Colombia. Actualmente trabaja en el Centro de Memoria y Cognición Intellectus del Hospital Universitario San Ignacio de Bogotá, como médico adscrito en la Clínica del Country y en su consultorio donde pasa la mayor parte del tiempo. Recibió una mención honorífica en el Congreso Nacional de Psiquiatría de 2018 por el trabajo libre: “Valorad al loco: psicopatología fenomenológica en la poesía de Raúl Gómez Jattin”; trabajo que también fue presentado en el Congreso Europeo de Psiquiatría del mismo año. Tiene un interés particular en psicoanálisis aplicado, en psicología evolucionista y en neuropsicoanálisis. Ha participado en diversas líneas de investigación en neurociencias (neurociencia cognitiva, cognición social, psiquiatría computacional y neuropsiquiatría), aunque cada vez más considera que el principal laboratorio para estudiar la mente humana y su interacción con el cerebro es el diván.



RICARDO SILVA ROMERO
(DESDE BOGOTÁ)

Autor de las novelas *Relato de Navidad en La Gran Vía* (2001), *Walkman* (2002), *Tic* (2003), *Parece que va a llover* (2005), *Fin* (2005), *El hombre de los mil nombres* (2006), *Autogol* (2009), *Érase una vez en Colombia* (2012), compuesta por “Comedia romántica” y “El Espantapájaros”, *El libro de la envidia* (2014), *Historia oficial del amor* (2016), *Todo va a estar bien* (2016) y *Cómo perderlo todo* (2018). Su obra la completan dos colecciones de relatos, dos poemarios, un par de libros sin género, un ensayo sobre la ficción titulado *Ficcionario* (2017) y la página de internet www.ricardosilvaromero.com. Es columnista de *El Tiempo* en Colombia y de *El País* en España.



FEDERICO GUILLERMO SERRANO LÓPEZ
(DESDE BARRANQUILLA)

Filósofo y magíster en filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Se doctoró en el programa de Pensamiento español y latinoamericano de la Universidad Autónoma de Madrid. Actualmente es profesor e investigador del Departamento de Humanidades y Filosofía de la Universidad del Norte. Su trabajo como investigador se ha orientado a la filosofía del arte y a la filosofía e historia de las subjetividades. Tiene varias publicaciones sobre la historia del cuerpo y la sexualidad, sobre las tensiones contemporáneas de la crítica en el arte y de apreciación del arte contemporáneo. En 2019 publicó *Sillas, moscas y otros bichos*, su primer libro de cuentos.

Estudiante



OMAR BARBOZA CAMARGO

(DESDE BARRANQUILLA)

Cuando entró a la Universidad del Norte a estudiar el pregrado, se dio cuenta que no solo quería ser arquitecto, sino también escritor. Ahora, gracias a todos los talleres y eventos que ofrece la U, está cultivando esa semilla de la palabra que su mamá, Luz, y su abuela, María, sembraron en él con todas las historias que le han contado en San Onofre de Torobé, su tierra.

WEBGRAFÍA

Música

<https://www.theguardian.com/music/2020/mar/22/nick-caves-stranger-than-kindness-inspiration-pictures-photos-notes-archive>

<https://www.ambientlightblog.com/nick-cave-bad-seeds-auckland-nz-2017/>

Ensayo

<https://psicologiaymente.com/clinica/histeria>

<https://pixabay.com/es/vectors/instagram-insta-3814048/>

**SOMOS
EL REFLEJO VÍVIDO
DE LA VALIOSA
CREACIÓN
INTELECTUAL
QUE SE PRODUCE
EN LA UNIVERSIDAD**

Encuentra nuestros títulos en
<https://editorial.uninorte.edu.co/>

 **UNIVERSIDAD
DEL NORTE**
Editorial



11. 11/10
12. 11/10
13. 11/10
14. 11/10
15. 11/10
16. 11/10
17. 11/10
18. 11/10
19. 11/10
20. 11/10
21. 11/10
22. 11/10
23. 11/10
24. 11/10
25. 11/10
26. 11/10
27. 11/10
28. 11/10
29. 11/10
30. 11/10
31. 11/10
32. 11/10
33. 11/10
34. 11/10
35. 11/10
36. 11/10
37. 11/10
38. 11/10
39. 11/10
40. 11/10
41. 11/10
42. 11/10
43. 11/10
44. 11/10
45. 11/10
46. 11/10
47. 11/10
48. 11/10
49. 11/10
50. 11/10
51. 11/10
52. 11/10
53. 11/10
54. 11/10
55. 11/10
56. 11/10
57. 11/10
58. 11/10
59. 11/10
60. 11/10
61. 11/10
62. 11/10
63. 11/10
64. 11/10
65. 11/10
66. 11/10
67. 11/10
68. 11/10
69. 11/10
70. 11/10
71. 11/10
72. 11/10
73. 11/10
74. 11/10
75. 11/10
76. 11/10
77. 11/10
78. 11/10
79. 11/10
80. 11/10
81. 11/10
82. 11/10
83. 11/10
84. 11/10
85. 11/10
86. 11/10
87. 11/10
88. 11/10
89. 11/10
90. 11/10
91. 11/10
92. 11/10
93. 11/10
94. 11/10
95. 11/10
96. 11/10
97. 11/10
98. 11/10
99. 11/10
100. 11/10

